

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El águila blanca

En esta aventura aparecen dos águilas. Una de ellas se llama Scherezade, y es preciosa, la otra se hace llamar Águila Blanca de Alá y no es tan preciosa… y ni siquiera vuela. Pero su mente sí vuela en busca de la grandiosidad personal llena de ambiciones, a costa de lo que sea y de quien sea. Brigitte Siempre se ha preguntado cómo sería el mundo si las mentes malvadas se tornaran bondadosas. Hay un refrán que dice «Dios los cría y ellos se juntan», pero en este caso podríamos decir «el Diablo los crea y Baby los elimina». Es claro, me refiero a gente malvada sin remisión, que como siempre pretende masacrar a la humanidad inocente.



Lou Carrigan

El águila blanca

Brigitte en acción - 289

ePub r1.0

Titivillus 22.06.2018

Lou Carrigan, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



1

—¿Se divierte usted, señorita Montfort?

Brigitte Montfort se volvió hacia el hombre que le había hecho la pregunta, y le sonrió de aquel modo natural y encantador que tenía fascinados a todos los presentes en la recepción diplomática ofrecida por el embajador de Muyang, el señor Payong.

Precisamente era este quien había interpelado a Brigitte. Kon Payong era un hombre menudo, de cabeza graciosamente redonda, y cabellos negros y lisos, como correspondía a un buen oriental. Resultaba elegante y de aspecto ágil y sano, de rostro reluciente por la satisfacción y el oloroso afeitado. A la señorita Montfort le resultaba simpático Kon Payong, el embajador del remoto país asiático.

—Muchísimo —aseguró cortésmente—. Es una de las recepciones más agradables a las que he asistido últimamente. Y sus informes a la prensa han sido muy claros e interesantes, señor Payong.

—Es usted muy amable —sonrió el embajador—… Espero que haya tomado buena nota de todo lo que he dicho.

—Por supuesto. Todo está grabado en mi pequeño magnetófono. Sus declaraciones aparecerán mañana en el *Morning News* con toda fidelidad.

—Gracias. ¿Me aceptaría una copa de champaña?

—Desde que comencé a sumergirme en el vicio del alcohol, jamás he rechazado una copa de champaña.

Kon Payong soltó una discreta carcajada, tomó a Brigitte de un brazo, y la llevó hacia el bufé donde se servían las bebidas. Naturalmente, todas las miradas fueron tras Payong y Brigitte. Aunque es más exacto decir que fueron tras Brigitte Montfort, cuya elegancia y belleza todavía no había sido bien digerida por los presentes. Llevaba un sencillo vestido de noche de color negro,

escotado hasta donde permitía estrictamente el buen gusto, y unos pendientes de brillantes, diminutos, que relucían como estrellas. Eso era todo. Pero eso, añadido a la rutilante belleza de Brigitte, daba un resultado deslumbrante. Los grandiosos ojos azules parecían brillar más que los pendientes, la boca era un delicado dibujo de color rosa, y la piel, dorada por el sol, ofrecía una nota incluso exótica en la recepción, donde las otras damas mostraban más carne que Brigitte, y más blanca, adornada con más joyas, incluso entre los sofisticados peinados. Brigitte, simplemente, llevaba el cabello suelto, como ondas de seda negra que a veces emitían reflejos azules.

El contraste, las comparaciones, daban incuestionablemente una sola ganadora: Brigitte Montfort.

La cual, caminando hacia el bufé, pasó muy cerca de un caballero que, copa de champaña en mano, la miró afablemente, con una sonrisita contenida, exclusiva para Brigitte. Un hombre de unos cincuenta años, alto, atlético, sólido, de gran cabeza provista de largos cabellos que semejaban la melena de un león, y al que Brigitte dedicó, en exclusiva también, el apunte de una divertida sonrisa. Eso era precisamente lo que más la divertía de la fiesta: la presencia allí de aquel hombre, ni más ni menos que *Mr*. Cavanagh, el jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA, grupo en el que la señorita Montfort, con el nombre de «Baby», era la estrella indiscutible desde hacía años. Secreto secretísimo, ya que todos los espías del mundo habían oído hablar de la invencible, implacable y peligrosísima espía, pero solo unos pocos privilegiados tenían el honor de conocerla personalmente, de saber que ella, además de la famosa periodista americana, era una espía…

¿Qué debía de estar haciendo allí *Mr*. Cavanagh? No era hombre aficionado a aquella clase de actividades mundanas, así que su presencia debía de tener un fundamento muy razonable. ¿Quizá quería hablar con ella, y al enterarse de que estaba allí…? Pero no, porque las invitaciones para la fiesta habían sido enviadas hacía dos semanas, de modo que… Bueno, quizás estuviese en representación de alguien…

—Naturalmente, frío —dijo Payong.

—Muy frío —replicó Brigitte, ya ante el bufé.

Kon Payong pidió dos copas de champaña. Se sentía

satisfechísimo de haber acaparado a la señorita Montfort, que durante toda la noche había estado asediada por colegas, diplomáticos, políticos… La mayoría de ellos eran ya conocidos de la famosa periodista, pues habían coincidido en otras recepciones, ruedas de prensa, fiestas sociales… Casi siempre eran las mismas personas las que se repartían por las diversas fiestas o recepciones que se celebraban en Washington.

Pero, siempre hay excepciones.

Por ejemplo, Brigitte había visto poquísimas veces en fiestas de aquel tipo al hombre que más había despertado su interés aquella noche: Preston Brodine. Para muchos, Brodine era simplemente un poderoso industrial con aficiones, tendencias y hasta ambiciones políticas. Para Brigitte Baby Montfort, Preston Brodine era algo más: era uno de los más importantes fabricantes de armas de los Estados Unidos. Armas de todas clases, en cantidades formidables, que casi exclusivamente vendía a las fuerzas armadas del país. ¿Qué hacía allí Brodine, un hombre poco aficionado a las recepciones?

¿Quizá sus ambiciones políticas: comenzaban a desarrollarse, a mostrarse francamente, iniciando así su introducción en los círculos diplomáticos y políticos?

—Muy frío —dijo Payong, tendiéndole una copa.

—Gracias.

Brigitte tomó la copa, dirigiendo una última mirada discretísima a Preston Brodine: alto, fuerte, elegante, poderoso, seguro de sí mismo, atractivo.

Brodine no debía de tener más de cuarenta años, y era sin duda alguna un magnífico ejemplar. Rubio, ojos claros, sano color bronceado adquirido en sus partidos de tenis…

—Perdone mi insistencia —decía Payong—, pero me pregunto cómo va a ser posible que mi modesto discurso aparezca mañana en el *Morning News* si usted permanece aquí en lugar de escribir el artículo correspondiente para enviarlo.

—Oh, vamos, señor Payong, eso está superado… Cuando me retire a mi hotel, llamaré al *Morning News*, donde un redactor está esperando el contacto, para escribir lo que yo le dicte y llevarlo a las máquinas, al espacio que previamente pedí que me reservasen.

—Ah… Es muy fácil y cómodo. No sabe cuánto le agradezco que aceptase mi invitación.

Brigitte le miró sorprendida.

—¿Por qué no había de aceptarla? —preguntó.

—Bueno… Mi país, Muyang, no es precisamente el lugar más interesante del mundo, y usted debe de estar siempre muy ocupada.

—Todos los países son importantes, y mi ocupación consiste precisamente en conocerlos y darlos a conocer a los lectores de mi periódico. Puesto que usted me ha facilitado escribir sobre Muyang, debería ser yo quien agradeciese su invitación, ¿no le parece?

—No, no, no… ¡De ninguna manera! ¡Soy yo quien tiene que agradecer que la aceptase!

—La invitación la ha hecho usted, no yo —rio Brigitte.

—Quiero decir que soy yo quien agradece que haya venido… La verdad es que tengo doble juego.

—Oh…

—Sí. Me dije que debía invitar a periodistas femeninos, y pensé que puestos a hacerlo así, debía procurar que su presencia resultase sumamente agradable. Por eso, la primera elegida fue usted. A los hombres nos encanta vernos rodeados de hermosas mujeres en cualquier momento, así que yo espero que el resto de mis invitados hayan sabido apreciar la belleza que les he ofrecido esta noche.

—Es usted muy amable… Y muy inteligente, señor Payong.

—Ojalá fuese cierto eso de inteligente. Sea sincera, por favor: ¿qué le ha parecido la postura política y social de mi país, tal como la he expuesto?

—Todas las posturas políticas y sociales son buenas…, si se cumplen.

—¿Qué quiere decir? —murmuró Kon Payong.

—Llevo muchos años en el periodismo, señor Payong, y he oído toda clase de promesas procedentes de todos los gobernantes del mundo… ¿Le sorprendería a usted saber que esas promesas muy raramente son cumplidas?

—¿Usted no cree que el gobierno de mi país cumpla sus promesas?

—Me gustaría que las cumpliese, en beneficio del pueblo. Pero, según vengo comprobando hace años, el beneficio del pueblo no es siempre lo que el gobierno busca.

—Es usted… muy sincera —casi tartamudeó Payong.

—Es que soy periodista, no diplomática —sonrió Brigitte.

—Lo que significa que yo, como soy diplomático, no soy sincero.

—Del todo, nunca, naturalmente —lo miró fijamente Brigitte—. Digamos que usted obedece consignas y que procura hacerlo del modo más sugestivo posible. Me parece razonable…, y me parece también que uno de sus empleados de la embajada le está haciendo señas.

Kon Payong volvió la cabeza, y, en efecto, vio a uno de los empleados de la embajada haciéndole señas. Frunció el ceño, pero el otro insistió.

—Con lo que me había costado conseguir unos minutos con usted a solas, y ahora tengo que dejarla —refunfuñó Payong—… ¿Será tan amable de disculparme?

—Por supuesto.

Kon Payong se alejó, y Brigitte, esquivando con elegantísima habilidad a tres hombres que se disponían a acorralarla, se acercó a *Mr*. Cavanagh, que bebía lentamente de su copa de champaña, solitario y silencioso, siempre espía. Sí: un espía es siempre un espía…

—¿Cometo una imprudencia al acercarme a usted? —preguntó al detenerse ante Cavanagh.

—Considerando que soy uno de los jefes de la CIA, y que naturalmente, aquí debe de haber agentes rusos, chinos, etcétera, contéstese usted misma —sonrió Cavanagh.

—Terrible perspectiva —casi rio Brigitte—… Sí, supongo que en estos momentos, al ver a la periodista Montfort conversando con el jefe del Grupo de Acción de la CIA, harto conocido, naturalmente, deben de pensar: ¡ella es Baby! O sea, que estoy descubierta.

—Su sentido del humor siempre es reconfortante… ¿Qué ocurre?

—¿Me lo pregunta usted a mí? —Se sorprendió la divina espía —. Esa es precisamente la pregunta que yo quería hacerle.

—Ah. Bueno, en lo que a mí respecta, no ocurre nada. Estoy aquí llenando el hueco de uno de nuestros personajes que no han podido acudir a última hora. He aceptado porque de cuando en cuando me divierte observar a la gente.

—Sí, es todo un entretenimiento… Entonces ¿no se trata de que tenga algo especial para Baby?

—No, no. Ha sido una casualidad, simplemente. ¿Por qué ha

pensado que podía ser algo especial?

—Supongo que ha reparado usted en la presencia de Preston Brodine.

—Sí, claro. Oh, entiendo… Usted me ha visto a mí, ha visto a Brodine, y ha comenzado a pensar cosas extrañas. Pues no, no pasa nada.

Brigitte bebió un sorbito de champaña, y murmuró:

—¿Conoce al hombre que está ahora cerca de Brodine, mirando un cuadro, los dos cerca del rincón derecho de la entrada?

Cavanagh desvió la mirada hacia allí, con la naturalidad del veterano espía que era en realidad. Era cierto. Preston Brodine estaba de espaldas a la pared, contemplando sonriente a las personas que en aquel momento bailaban alegremente.

A un metro de él había un hombre, de cara al cuadro que colgaba cerca de él, como absorto en su contemplación.

—No, no lo conozco… Al menos eso pienso, viéndolo de espaldas. Quizá cuando se vuelva…

—Es árabe. Y ha cambiado unas palabras con Brodine de modo que nadie pudiese darse cuenta. Quiero decir que ha hablado con la intención de que nadie se diese cuenta de que hablaba con Brodine.

—Pero usted se ha dado cuenta.

—Sí… Y ahora vuelve a decirle algo. Brodine se lleva la copa de champaña a los labios…, pero antes de beber contesta. Acaba de decir: *todo terminado satisfactoriamente*.

Cavanagh parpadeó, muy interesado.

—¿Qué dice el otro? —susurró.

—No lo sé, porque ahora está completamente de espaldas a mí. Pero algo ha dicho, y ahora se aleja de Brodine, sin haberlo mirado siquiera.

—¿Cómo sabe usted lo que ha dicho Brodine?

—Han hablado en inglés, así que he podido leer con toda facilidad en los labios de Brodine las palabras que ha pronunciado. Es una habilidad que tengo desde hace mucho tiempo.

—Sí, claro —Cavanagh tragó saliva; se sentía impresionado, casi sobrecogido—… Brigitte: ¿no sería conveniente que se tomase usted unas largas vacaciones?

La azul mirada de la espía se posó en los ojos de Cavanagh.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso? —murmuró.

—Bien… Estamos en una tranquila fiesta, tomando champaña, la gente baila y ríe…, y usted se dedica a leer en los labios de las personas que hablan.

—Ah, ya. La famosa deformación profesional, ¿no es eso? Según esa teoría, yo estoy siempre viendo cosas extrañas donde no existen.

—A nadie le sienta mal descansar —farfulló Cavanagh.

—Quizá tenga razón… Veo espías por todas partes, ya no confío en nada ni en nadie… Precisamente, hace unos minutos he sido un tanto dura con Kon Payong: le he dicho bien claramente que, si bien he tomado nota de su discurso y que este aparecerá mañana en el *Morning News*, prácticamente no he creído ni una palabra de los propósitos sociales y políticos de su país.

—Santo cielo —se aterró Cavanagh—… ¿Eso ha hecho?

—Me temo que sí —sonrió Brigitte—. Supongo que encontraré el modo de pedirle disculpas al señor Payong.

—Mire, Brigitte, en cuanto a esas largas vacaciones…

—Ha sido muy agradable verle aquí —cortó Brigitte—. Voy a ver si olvido durante unos minutos que soy una terrible espía y me divierto un poco. Adiós…, Simón.

—Adiós —musitó Cavanagh.

En cuanto se alejó de este, Brigitte ya no pudo eludir la acometida de los tres caballeros de antes, que habían estado vigilantes, esperando la ocasión.

—Ah, señorita Montfort —exclamó uno de ellos—, precisamente estábamos acordando requerir su concurso sobre una cuestión que…

Era mentira.

Cavanagh sabía perfectamente que aquel hombre estaba mintiendo, que lo que querían los tres era, simplemente, gozar de la presencia y la conversación de Brigitte. Y por supuesto, cualquiera de ellos, o todos, sondearían con delicadeza la posibilidad de intimar personalmente con la famosa y bellísima periodista. Cualquiera de los presentes se relamería ante el solo pensamiento de poder llevarse a la cama a la señorita Montfort, y, a su manera, estudiaban el terreno. Con mucho tacto, claro. Frases banales, alguna levísima insinuación mezclada con la seria conversación que se utilizaba como pretexto…

Cavanagh contuvo una sonrisa mientras se llevaba la copa a los

labios.

¡Pandilla de bobos! Si supiesen que cuando ellos empezaban a pensar algo, Brigitte ya les había adivinado todo el pensamiento…

En cuanto al árabe…

Cavanagh lo buscó con la mirada, siempre apaciblemente. Ah, allí, en el bufé. No lo conocía, pero eso no significaba absolutamente nada. El árabe estaba tomando ahora una copa que no contenía champaña; parecía… jugo de naranja. Buen creyente: nada de alcohol. Le veía bien el rostro ahora: seco, anguloso, oscuro, adornado en el mentón con una pequeña barbita con hebras grises. Algo menos de cuarenta años… ¿Y si al terminar la recepción se iba a la Central y echaba un vistazo al fichero de agentes árabes identificados en Estados Unidos?

Se removió inquieto al darse cuenta de que también él estaba dando muestra de deformación profesional. Desvió la mirada del árabe, y vio entonces al hombre que se le acercaba lentamente, mirándole con simpatía, cordial, casi afectuosa sonrisa. Un hombre alto, macizo, de hirsutas cejas grises, rostro redondo, basto, fuerte…

—Hola —le sonrió el otro, llegando ante él—… ¿Qué tal, Cavanagh?

—Muy bien, Borokin —sonrió también Cavanagh—… ¿Cómo van las cosas por la embajada rusa?

—Oh, como siempre… Ya ve: de fiesta. A muchas personas les encanta esta clase de recepciones, pero a mí empiezan a cansarme.

—No acuda.

—No puedo desobedecer las órdenes de mis superiores. Los rusos no tenemos interés en rechazar invitaciones. Siempre se aprende algo.

—Eso es cierto.

—Y de todos modos, en esta ocasión ha valido la pena venir. La señorita Montfort es… grandiosamente encantadora, ¿no le parece?

—Sin la menor duda. Y una de nuestras más inteligentes periodistas. Supongo que no ignora usted que obtuvo el Premio Pulitzer.

—Claro que no. Lo que me sorprende es que no se lo hayan concedido por segunda vez. ¿Sabía usted que en Moscú se leen con mucho interés sus comentarios políticos en el *Morning News*, en su Sección Internacional?

—Ello indica un buen sentido en los señores de Moscú. Por lo general, los artículos de la señorita Montfort son muy interesantes.

—Y sorprendentes, a veces —murmuró Borokin, uno de los altos empleados de la embajada rusa.

—¿Sorprendentes?

—Sí. Muchas veces he pensado que sería muy interesante cambiar impresiones con la señorita Montfort…, pero no sé cómo abordarla. ¿De qué podría hablar con ella para iniciar una conversación?

—Supongo que de cualquier cosa.

—Sí, claro… Bueno, como usted ha estado hablando con ella he pensado que quizá podría orientarme respecto al tema… preferido por ella.

—Hable del amor —sonrió Cavanagh—: le encantará.

—¿De veras? —exclamó Borokin, realmente sorprendido.

—Pero no del amor físico que usted ha interpretado, sino del que se desprende en todos sus escritos hacia sus semejantes.

—Magnífico tema de conversación. Gracias, Cavanagh… Me parece que no se está usted divirtiendo demasiado.

—Quizá me divertiría más si pudiese bailar…, pero no puedo hacerlo: soy cojo, debido a un balazo en la cadera que recibí hace algunos años.

—Lo sé —musitó Borokin—. Bien, hasta otra.

—Hasta otra, Borokin.

El ruso se alejó, y Cavanagh estuvo mirando su espalda, sin que apareciese en su rostro expresión alguna. No sentía la menor preocupación por Brigitte, que, por supuesto, debía de haber «olido» a Borokin desde el primer momento, y sabría cómo manejarlo. Ninguna preocupación.

Cavanagh miró su copa vacía, y echó a andar, con su cojera, hacia el bufé, dispuesto a pedir otra. Ya que estaba allí, se tomaría unas copas. Siempre era más entretenido que regresar a su chalé en las afueras de Washington. Una casa pequeña, siempre vacía, a excepción de sus pájaros… Una casa llena de la más estremecedora soledad.

Llegó al bufé, pidió una copa de champaña, y se quedó allí mismo, saboreando el primer sorbo, mientras continuaba mirando a su alrededor. La gente se divertía, cada cual a su manera: bailaban,

conversaban, bebían… Como final de fiesta, Kon Payong había anunciado la actuación de unas jovencísimas bailarinas de su país. Una cortesía obligada, que los invitados aceptarían con no menos cortesía…

El árabe no estaba. O, al menos, no lo veía. Preston Brodine sí estaba, bailando con una hermosa mujer rubia cuyos senos se ofrecían por encima del bajísimo escote en verdad apetitosos, blancos como leche. Borokin también estaba, mirando a todos lados, como desconcertado… Brigitte no estaba.

Brigitte no estaba.

Cavanagh se quedó inmóvil. Luego, recorrió de nuevo con la mirada todo el gran salón de recepciones de la embajada de Muyang. Brigitte no estaba. Ni el árabe.

Mr. Cavanagh contuvo un estremecimiento, y bebió otro corto trago de champaña.

¿Dónde estaba Brigitte?

2

No estaba resultando en absoluto difícil seguir al árabe. Había abandonado muy discretamente la embajada de Muyang, a pie, pero esto no había engañado a Brigitte, que sabía que seguramente el hombre tenía cerca un coche.

Así fue. El árabe se metió en un coche estacionado unas doscientas yardas más allá de la embajada, y continuó alejándose. Iba solo. Y tras él, la espía más peligrosa del mundo. En aquel momento estaban ya más allá de Du Pont Circle, siempre por Massachusetts Avenue. Poco después, dejaban atrás Washington, hacia el norte, por la Interestatal 70 S, pero la abandonaron enseguida para tomar una carretera secundaria, mucho menos transitada.

De este modo, resultaba más fácil seguir al árabe, pero, al mismo tiempo, también había más peligro de que este se diese cuenta de que lo estaban siguiendo. En cierto modo Brigitte tenía el presentimiento de que estaba perdiendo el tiempo, pero, a la vez, estaba bien segura de que Preston Brodine y el árabe habían hablado de aquel modo supuestamente discreto, del modo en que hablan dos personas que no quieren que nadie las relacione. Además, estaba completamente segura también de que Brodine había dicho *todo terminado satisfactoriamente*. Claro que podía haberse referido a mil cosas diferentes y ninguna de ellas mala, pero el contacto entre un fabricante de armas y un árabe no le hacía ninguna gracia a la agente Baby…

«De todos modos —pensó—, es cierto que estoy empezando a ver fantasmas en todas partes».

Encogió los bellos hombros desnudos. A fin de cuentas, lo estaba pasando mucho mejor siguiendo a un «sospechoso» que soportando el asedio de unos hombres cuyos pensamientos íntimos adivinaba con una nitidez insoportable, y que, en el fondo, se obstinaban en

considerarla, básicamente, una hermosa muñeca.

«¿Qué habrán hablado Cavanagh y el ruso?», cambió bruscamente de pensamientos.

Recordaba al ruso de alguna que otra recepción. Se llamaba Borodin… No: Borokin. Era un hombre de aspecto simpático, pero, evidentemente, resultaba un tanto tímido con las mujeres. Francamente divertido. Aunque a lo peor no era divertido, sino lamentable. Borokin podía ser perfectamente uno de tantos homosexuales que cada vez abundaban más en todos los círculos sociales. Es decir, no es que abundasen más, sino que se les vela más. Aunque no. La verdad era que el ruso no le había parecido nada de eso. Entonces, era tímido, simplemente. La gente es en verdad curiosa: quizá Borokin era un agente secreto de cierta importancia, y sin duda debía de resultar muy efectivo a la MVD, ya que estaba muy bien introducido en Washington y resultaba simpático, pero, con las mujeres, parecía tímido. Curioso. Incluso chocante.

Las luces rojas del frenado aparecieron en el coche que conducía el árabe. El coche desapareció, por un desvío a la derecha. En pocos segundos Brigitte llegó allá, y enseguida volvió a ver las luces de posición del coche. Se metió también por aquella otra carretera, continuando la persecución.

Por simple rutina, una vez más miró hacia atrás por el retrovisor. Había estado viendo algún que otro coche, pero no le había llamado la atención. No estaba viajando por una carretera exclusiva, precisamente… Pero ahora sí le llamó la atención la presencia del otro coche, que había tomado también aquel desvío y ahora iba decididamente tras ella.

«Ya me he metido en un lío», brotó en su mente el pensamiento, incontenible.

Detrás del coche que la seguía a ella, apareció otro. Baby comenzó a sentirse en verdad preocupada. Sus manos apretaron con fuerza el volante cuando el coche que iba más cerca de ella aumentó la velocidad, acercándose.

«Y ni siquiera llevo encima la pistolita…».

El coche se acercaba rápidamente. Lanzó un destello con las luces largas, y Brigitte redujo un poco más la moderada velocidad. Un instante más tarde, el coche la adelantaba. Al volante iba un

hombre solo, que continuó tranquilamente su camino, dejándola atrás e interponiéndose, lógicamente, entre ella y el coche del árabe.

El segundo coche, de grandes faros amarillentos, también parecía querer adelantarla. *Okay*. La espía redujo de nuevo la velocidad, el otro coche llegó a su altura… Brigitte miró hacia la izquierda, distinguió las siluetas de dos hombres, y, enseguida, respingó al ver que en la ventanilla de la derecha, esto es, a menos de un metro de ella, el hombre que no conducía la estaba apuntando con una pistola con silenciador.

Fue una visión brevísima, como en un fogonazo de *flash*. Una persona cuya vida transcurriese normalmente, ni siquiera habría tenido tiempo de ver la pistola en tan brevísimo espacio de tiempo. Baby, más que verla, la presintió. Casi simultáneamente, metía el pie en el freno hasta el fondo, encogiéndose ante el volante, sujetándose con fuerza a este para no salir despedida hacia delante. El coche se detuvo en seco, el otro vehículo pasó hacia delante, esparciendo la mayor intensidad roja de sus luces de freno.

Sin pensar siquiera en apagar el motor, Brigitte se desplazó hacia el asiento derecho, abrió la portezuela de este lado, y saltó fuera del coche, para hacerlo inmediatamente abandonando la carretera, hacia los pinos. El otro coche se había detenido también, y un hombre salió a toda prisa.

—¡Vuelva aquí! —Le llegó la voz—. ¡Vuelva o…!

Se oyó la voz de otro hombre, el chasquido de una portezuela el ser cerrada. Detrás de Brigitte sonó, apagado, el suave «plop» de un disparo, y por encima de su cabeza el aire crujió al ser perforado por la bala, con seco trallazo. Enseguida, más adelante, el impacto de la bala en el tronco de un pino…

—¡Ve por la izquierda! —Le llegó otra voz.

Los dos hombres corrían tras ella, adentrándose en el exiguo bosquecillo. Brigitte se subió el vestido hasta las ingles, y corrió más velozmente. Tras ella, algunas matas crujían al ser removidas por el paso de los dos hombres, que se estaban separando.

Una maldición llegó hasta ella, y acto seguido el ruido de un cuerpo caer. Pero el hombre reanudó la persecución enseguida. Durante un minuto escaso, por entre matas y pinos, la espía internacional estuvo corriendo…, hasta convencerse de que los

hombres que iban tras ella tampoco eran tipos corrientes. Estaban entrenados para todo, y su vigor físico, sin dula, era superior al de ella: se cansaría antes que ellos, por lo tanto. Todo lo que estaba propiciando con su carrera era agotarse, y, en breve, podría sentir el impacto de una bala en su espalda.

Así que se detuvo de pronto, girando a la derecha y acuclillándose tras unas matas, conteniendo como pudo el jadeo. El corazón estaba lanzado a más de cien pulsaciones por minuto, notaba sus latidos violentos en el pecho, y también la cabeza le latía con fuerza. Era como si en su cuerpo tuviese un tambor sordo y terrible…

Uno de los hombres apareció antes de que hubiesen transcurrido cinco segundos, lanzó un grito cuando su pie izquierdo tropezó con la pierna que extendió Brigitte, y cayó de bruces…, pero se encogió inmediatamente, y la caída la efectuó con ágil vuelta de protección. La pistola relució en el aire, y fue a caer entre unas matas, a unos cuatro o cinco metros de donde estaba Brigitte. Esta salió corriendo en aquella dirección, se zambulló entre las matas de un salto, y comenzó a palpar en busca de la pistola. Tras ella oyó el grito de aviso del hombre que había caído, y acto seguido su fuerte respiración, acercándose.

Se volvió con el tiempo justo de recibir de frente al hombre, que cayó sobre ella con terrible fuerza, gritando de nuevo. Sus manos, grandes, fortísimas, asieron los cabellos de Brigitte al tiempo que el hombre quedaba a horcajadas sobre su vientre, ambos entre las matas.

—¡Quieta o…!

El hombre lanzó un aullido cuando el puño derecho de Brigitte le alcanzó de lleno en la nariz. Soltó los cabellos en el acto, y se llevó las manos al punto golpeado… Brigitte arqueó el cuerpo, el hombre salió despedido hacia un lado, y, aún estaba cayendo cuando la punta del pie derecho de Brigitte le acertaba dolorosísimamente en los genitales, arrancándole otro aullido de dolor, más fuerte. El vestido de noche de la espía se rasgó cuando esta se puso en pie a toda prisa entre las matas. Junto a ella, el hombre comenzó a ponerse también en pie, con las manos ahora entre las ingles. La mancha de su rostro destacaba blanquísima en la oscuridad.

Muy cerca de ellos brilló un rojo fogonazo. El hombre lanzó otro aullido, y cayó de espaldas, empujado por la bala tan pésimamente dirigida, tan inoportunamente disparada. Brigitte saltó fuera de las matas, dejando enganchado en estas un trozo de vestido. Otro fogonazo brilló, más cerca, y la bala pasó con seco ¡crack!, a su derecha y un poco alta. El hombre herido por su propio compañero comenzó a gritar, tendido en el suelo, al mismo tiempo que Brigitte reanudaba la fuga. No tenía tiempo de buscar la pistola, lo sabía. Distinguió a su derecha la figura del otro hombre, y se encogió, siempre corriendo…

¡Crack!, crujió otra bala por encima de su cabeza.

Continuó corriendo, hasta que, segundos después, se detuvo, con las facciones desencajadas, la boca angustiosamente abierta. El tambor que tenía dentro del pecho parecía haber enloquecido. Cerró los ojos, y procuró respirar despacio, y llevando el aire directamente al vientre, recurriendo al yoga para una más rápida recuperación…

Ya no la seguían.

Mientras iba recuperando el ritmo respiratorio, su fino oído se tendía intentando localizar algún sonido, pero no había nada que oír. Solo, lejano, el rumor de un motor. Casi enseguida, otro. Y otro. Comprendió que había corrido tanto que había llegado a otra carretera, de segundo o tercer orden.

En un minuto, estuvo recuperada casi totalmente. Ni se le ocurrió volver a donde había dejado el coche. Habría sido lo mismo que meterse de cabeza en la trampa. Claro que si uno de ellos había resultado herido, quizá se fuesen rápidamente de allí, para curarlo, pero no podía correr ese riesgo. Así que continuó hacia donde oía el rumor de vehículos en la otra carretera.

¿De modo que deformación profesional…? Al pensar en Cavanagh, una tensa sonrisa apareció en los sonrosados labios de la espía más peligrosa del mundo.

* * *

Cavanagh había terminado de poner las fundas a las jaulas de sus pájaros cuando sonó la llamada a la puerta de su pequeño chalé… La leonina cabeza se volvió hacia allá, en los grises ojos apareció

una expresión de auténtico asombro.

Alzó el brazo izquierdo, miró su reloj de pulsera, y frunció el ceño. Todavía tenía puesto el esmoquin. Por un instante, vaciló entre ir o no en busca de una pistola, pero desechó pensamientos de esa clase. La idea de que Borokin, u otro supuesto espía extranjero fuese a su domicilio a matarlo, le pareció descabellada, en aquellas circunstancias.

Salió del cuarto de los pájaros, recorrió el breve pasillo que pasaba por delante del saloncito, y llegó al pequeño vestíbulo. De nuevo vaciló. ¿Por qué era descabellado que alguien quisiera matarlo? Bajo los buenos modales del espionaje actual, y de cualquier otra actividad, cada día se escondían mejor las maldades, las brutalidades… En definitiva, se mataba de modo más refinado, más solapado, eso era todo.

—¿Quién es? —preguntó, junto a la puerta.

—Soy la abuelita: abre, Caperucita.

Cavanagh lanzó una exclamación, y abrió velozmente la puerta.

—¡Brigitte! —aulló, al verla, con el vestido desgarrado.

—Vengo a por mi jarrita de miel —dijo la divina.

Cavanagh la tomó del brazo, la hizo entrar más deprisa, y cerró la puerta. La miró de arriba a abajo, anhelante.

—¿Qué ha pasado? —Se serenó en el acto.

—Se lo explicaré si me invita a un *whisky*. Con hielo, pero sin soda.

Minutos más tarde, Brigitte había consumido la mitad del *whisky* ofrecido por Cavanagh, y este se hallaba al corriente de lo sucedido. Movió la cabeza con gesto de desaliento.

—Supongo que sería perder el tiempo ir allá ahora… ¿Vio el número de matrícula de alguno de los coches?

—No. El del árabe, porque quería mantener la distancia, y el de los otros dos coches, porque no me dieron tiempo, ni la oportunidad era buena. Quiero decir que el coche que me adelantó en primer lugar también formaba parte de la comitiva, naturalmente.

—Fantástico… Aparece un árabe, usted se pone a seguirlo, y luego resulta que le siguen otros dos coches. Uno de ellos continúa siguiendo al árabe, y los ocupantes del otro coche la atacan a usted… ¿Es eso?

—Yo diría que así es, en efecto En mi opinión, el hombre del

primer coche esperaba en el vehículo para seguir al árabe. Los del otro coche, estaban por allí respaldando al primero…, quizás incluso metiendo las narices por la embajada de Muyang. ¡Oh, Dios mío, cómo ha quedado el vestido!

Cavanagh frunció el ceño, pero enseguida sonrió. Sabía que a Brigitte no le importaba en absoluto el vestido.

—Acláreme una cosa: ¿usted vino en coche desde Nueva York?

—Claro que no. Es pesadísimo. Vine en avión.

—Ah. Entonces, alquiló un coche al llegar a Washington… ¿No?

—No. El coche que utilicé lo robé en la embajada.

—Santo cielo… ¿La vieron?

—No tengo ni idea. Yo diría que no, pero ignoro si alguien me estaba observando desde el jardín. Quizá sería buena idea que un par de Simones fuesen a por el coche para devolverlo a la embajada.

—Yo solucionaré eso… De todos modos, quizá sería conveniente que fuésemos a aquel lugar en busca de alguna pista.

—No encontrarán nada…, salvo un trozo de mi vestido. ¿Recuerda usted el rostro del árabe de la barbita que estuvo hablando con Preston Brodine?

—Naturalmente.

—Bien. Le agradecería que por la mañana lo dictase a un dibujante de la Central, y que lo buscasen en los archivos, por si…

—¿Por qué complicarnos la vida? Podemos preguntarle a Preston Brodine.

—Ni hablar de eso. Quiero que me vigilen estrechamente a Brodine, no que lo alarmen. Es evidente que aquí hay dos grupos en juego: uno de ellos, Brodine y el árabe; el otro, el formado por los tres hombres que, indudablemente, vigilaban al árabe.

—Lo que significa que saben que él estuvo hablando con Brodine.

—Si entraron en la embajada, sí. Aunque, de todos modos, no todo el mundo podía darse cuenta de que Brodine y el árabe cambiaron unas palabras, ¿verdad?

—Entiendo. Vigilaban al árabe, pero es posible que no supiesen con quién estuvo este conversando en la embajada de Muyang.

—Exacto. Es más, yo diría que tienen una información… errónea del asunto. Podemos pensar que al verme seguir al árabe, pensaron

que yo era su contacto…, y entonces, pese a dejarlo a él libre de movimientos, fueron a por mí.

—Podría ser —admitió Cavanagh—… ¿Qué clase de hombres eran los que le dispararon? ¿Americanos?

—Yo diría que no, pero hablaban en inglés. Solo pude oír unas palabras, y unos gritos. Quizá sean israelitas.

—Israelitas… Sí, puesto que seguían a un árabe… Podrían ser israelitas, desde luego. ¡Bueno…! ¿Qué piensa usted hacer ahora?

—Vaya pregunta —se sorprendió Brigitte—: tengo que telefonear al *Morning News* para dictar el discurso de Kon Payong, naturalmente, de modo que si usted es tan amable de llevarme a la ciudad, tomaré un taxi para que me lleve al hotel, y mañana regresaré a Nueva York.

* * *

—Te advierto que si es uno de tus indecentes chistes me voy a enfadar contigo, Frankie.

—Que no, mujer, que no es un chiste indecente… Además eres mayorcita, de modo que me pregunto por qué no puedo contarte chistes verdes, graciosamente picantes.

—A mí me hacen gracia los chistes verdes y picantes —dijo Brigitte, fruncido el ceño—… Pero incluso dentro de esa gama, los hay con buen o mal gusto. Y los tuyos son casi siempre indecentes.

—¡Pues vaya una fama que tengo de inmoral…! —refunfuñó Frank Minello.

Estaban los dos en el salón del apartamento de Brigitte, en el piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta Avenida. Peggy, el ama de llaves de Brigitte, les había servido un aperitivo, y se había retirado. En un sillón, acurrucado, ocupando un pequeñísimo espacio estaba el diminuto *Cicero*, el perrillo chihuahua que años atrás le regalara Minello a Brigitte. ¿Cuántos años…? Casi once. ¡Once años ya, pobre *Cicero*, qué viejecito se iba haciendo…!

De cuando en cuando, el animalito alzaba la cabeza, fijaba sus grandes ojos ratoniles en Brigitte, y emitía un gemido de placer. Así son los perros: eres su amigo, y te aman toda la vida, pase lo que pase…

—… ¡No me estás escuchando! —protestó Minello.

—Perdona, Frankie. Es cierto. Estaba pensando en que *Cicero* pronto cumplirá once años… ¡Pobrecillo!

—¡Qué pobrecillo ni qué narices…! ¡Zambomba, ¿cómo puedes llamar «pobrecillo» a un ser que se ha pasado once años contigo?!

—Eres muy amable —sonrió la divina—… Tú también llevas once años conmigo. Bueno, bastantes más, ¿no? ¿Recuerdas el día en que nos conocimos?

—¡Vaya una pregunta tonta![1] ¿Cómo habría de olvidar el día más luminoso de mi vida? En cuanto te vi, me quedé tonto de admiración… Y así sigo: tonto perdido.

—No tienes ni un pelo de tonto —rio Brigitte—… Los tontos son los que creen que tú eres tonto. ¿Cómo es ese chiste?

Minello sonrió de oreja a oreja, mientras con un rápido vistazo disfrutaba una vez más de la maravilla humana que tenía delante, sentada en el sofá, con las piernas cruzadas. ¡Reina de las reinas…! ¡Hermosa criatura que acaricia el sol y te llena de resplandor que…!

—¡Frankie, estoy esperando el chiste!

—¿Eh…? Oh, sí… ¡Zambomba, me había quedado traspuesto!

—¿En qué estabas pensando?

—Oh, pues… En la siega del tomate.

—¿La siega…? ¡Los tomates no se siegan!

—Zambomba, es verdad… ¡Qué tontería! Pero escucha el chiste. Dos artistas de cine se casan… La cosa ocurre en Hollywood, ¿eh? Bueno, pues se casan, y cuando la ceremonia termina, un periodista se acerca a ellos, y les pregunta adónde piensan ir de luna de miel… ¿Qué dirás que responde ella?

—Cuidado con lo que dices, Frankie.

—Pero si es un chiste decente, mujer… Pues ella contesta: Oh, no vamos a ningún sitio, porque eso sería mucho gasto, y tenemos que ahorrar para las costas del divorcio.

Brigitte se quedó mirando fijamente a Minello, que sonrió nuevo de oreja a oreja.

—Es bueno, ¿eh? —dijo.

Brigitte permaneció impávida.

—¿Regular, quizá? —apuntó tímidamente Frankie.

—Es muy malo. Pero al menos es decente.

—Tengo otro más bueno, pero… Bueno, verás, un señor va a comprar unos sujetadores para su mujer, y la dependienta de la

tienda le pregunta: bueno, ¿cómo tiene los pechos de grandes su esposa? ¿Cómo calabazas, por ejemplo? Y el hombre replica…

En aquel momento sonó el timbre-carillón de la puerta del apartamento, y Brigitte se echó a reír.

—¡Me ha salvado la campana! —exclamó—. ¡Fin del asalto!

—Apuesto a que es el viejo buitre comedor de carroña —refunfuñó Minello—… ¡Pero no va a impedirme que termine de contarte el chiste! O sea, el cliente replica: no, no, más pequeños… ¿Como melones?, sugiere la chica de la tienda. No, no, más pequeños, más pequeños… ¿Como naranjas, quizá, señor?, más pequeños, más pequeños…

—¡Zambomba! —exclamó graciosamente Brigitte—. ¡Más pequeños que naranjas, pobre señora!

—Sí, más pequeños… ¡Qué bien ríes, reina de la vida! —Se alborozó Frankie—. ¡Ríe otra vez!

—Todavía no he aprendido a reír por encargo, Frankie.

—Pues eso será lo único que tú no has aprendido. ¡Porque eres el ser más maravilloso que…!

—Buenos días.

Los dos se volvieron vivamente hacia la puerta del salón, en la que habían aparecido Peggy, que había recibido al visitante, y este, que era Simón Floristería, el ayudante de Charles Alan Pitzer, el jefe del Sector New York de la CIA.

—¡Hola, Simón! —Saludó Brigitte—. ¿Quiere un aperitivo?

—Bueno, sí. Gracias.

—¿Dónde está el buitre de las pampas? —Miraba Minello hacia la espalda de Simón.

—¿Quién?

—El buitre carroñero, hombre. Ah, ya sé… ¡Apuesto a que cuando venían hacia aquí, se ha caído por una alcantarilla!

—Pues no —rio Simón, sentándose en un sillón, mientras Peggy servía un *martini*—… No se trata de eso.

—Mmmm… Ya sé: ha visto un montón de basura por la calle, y se ha quedado a comer allí.

—Tampoco —rio divertidísimo Simón.

—Vaya… ¿Se le ha caído la baba al ver algún muerto, y como su baba es ácido corrosivo, se le ha comido las piernas?

—¡No! —Rio Simón de nuevo—. ¡Tiene la gripe!

Brigitte y Minello se quedaron mirando estupefactos a Simón. Este tomó la copa que le tendía Peggy en la bandeja, bebió un sorbito, y entonces se dio cuenta del pasmo de ambos.

—Zambomba —tartamudeó entonces Minello—… ¿De verdad?

—Claro. De verdad.

—¡Pobre gripe!

Simón volvió a reír.

—Pero… ¿es posible? —Insistió Brigitte—. Santo cielo, ¿cómo puede tener la gripe un hombre como tío Charlie?

—Pues no sé… Algún contagio.

—¡Los espías no tienen la gripe, hombre! —exclamó Minello—. ¡Eso se queda solo para los seres humanos!

—Muchas gracias, Frankie —lo miró iracunda Brigitte.

—¿Qué…? Oh, bueno, menos tú, claro… Je, je… O sea, que quiero decir… Vaya, mi intención… O sea, que ya he metido la pata otra vez, vamos.

—Bastante.

—Bueno, te pediré disculpas en el entierro de Pitzer. ¿Cuándo será esa efemérides, Simón?

—Eres verdaderamente bruto —suspiró la divina… Bien, Simón: ¿qué le trae por aquí?

—Ha llegado un informe para usted procedente de la Central.

—Ya. ¿Y qué dice ese informe?

—Que el coche fue devuelto a la embajada de Muyang. Que el árabe de la barbita no ha sido identificado ni aparece por parte alguna, o sea, que ha desaparecido. Que Preston Brodine ha adquirido pasaje en avión para Paris, y que ha hecho reservas en el Ras Hotel de Bahar Dar, en Etiopía. Emprende el viaje dentro de tres días.

Frank Minello había quedado con la boca abierta. Brigitte había fruncido el ceño.

—Etiopía… Bueno, podemos pensar que Brodine sale hacia París, para enlazar allí con destino a Etiopía. Zambomba —sonrió—, no es un viaje corriente, ¿verdad?

—Al menos, yo no he estado nunca en Etiopía.

—¡Toma, ni yo! —Reaccionó Minello—. ¿A quién demonios se le va a ocurrir ir a Etiopía?

—Evidentemente —susurró Brigitte Baby Montfort—, se le ha

ocurrido a Preston Brodine.

3

Preston Brodine llegó a Bahar Dar en una avioneta dedicada a vuelos *charter* dentro del territorio nacional etíope, que había alquilado en el aeropuerto de Addis Abeba que llevara el nombre de Haile Selassie. Era, ciertamente, el mejor modo de viajar por Etiopía, en especial por aquella zona montañosa, considerando que las carreteras no eran precisamente cómodas.

En poco más de hora y cuarto, los trescientos kilómetros que separan Addis Abeba de la ciudad de Bahar Dar, al norte, fueron cubiertos por el solitario viajero. Incluso antes que la blancura de los edificios de la ciudad, Brodine había visto el centelleo de las aguas del lago Tana, que le pareció un espejo. Al sur de este, en la misma orilla, se asentaba Bahar Dar, casi tan refulgente como el lago. Preston Brodine dejó de ver lago y ciudad cuando la avioneta comenzó a descender, para tomar tierra en el pequeño aeródromo. Muy poco después, en un coche de alquiler, el norteamericano emprendía la última y más corta etapa de su viaje, hacia la ciudad, donde, en efecto, tenía reservada una *suite* en el Ras Hotel.

Un lugar muy agradable, por cierto, situado en un precioso jardín a orillas del lago. Aunque, por supuesto, el Ras Hotel no era ni mucho menos el Copacabana de Río o el Hilton de Honolulu, nada había que objetar. Jardines, piscina, empleados obsequiosos, instalaciones adecuadamente confortables… La *suite* reservada al señor Brodine tenía una pequeña terraza sobre los jardines, y desde la que se veía el lago; constaba de un saloncito de recibo, un fantástico dormitorio, y un cuarto de baño. Nada del otro mundo, pero conveniente. En el hotel había bastantes turistas, casi todos europeos. Precisamente cuando Preston Brodine se inscribía formalmente en el hotel, un grupo de franceses se disponían a salir, en Land Rover hacia Tississat, para contemplar con expresión previamente maravillada, las caídas de agua del Nilo Azul, en un

lugar llamado Humo de Fuego. Excitante.

En su *suite*, el señor Brodine, que había almorzado en el avión de la Air France, un Boeing 707 que no le había gustado demasiado, encendió un cigarrillo tras colocar sus cosas en el armario, y se dedicó a fumarlo tranquila y pensativamente. Ningún fallo, ningún problema. Todo estaba saliendo bien: mientras determinadas personas le suponían en Paris, él estaba nada menos que en Bahar Dar, Etiopía. Interesante cambio.

Debían de ser poco más de las cuatro de la tarde cuando Preston Brodine se quedaba dormido en el sillón. Hacia las cinco despertó, sobresaltado…

Pero todo seguía yendo bien. Se dio una buena ducha, se puso unas ropas cómodas, pero, por supuesto, de buena calidad y elegantes, y se dijo que estaba llegando la hora de tomarse un *whisky* y ver qué exótico plato podía elegir para la cena. Decididamente, cenaría a base de pescado: langosta, claro. Y fruta. Había muchas, variadas, riquísimas frutas entre las que elegir.

¿Ostras? Quizá sería demasiado… Ya vería.

En fin, que ocho días después de que Preston Brodine dijese *todo terminado satisfactoriamente* en cierto salón de cierta embajada sita en Washington, se hallaba en Bahar Dar, Etiopía.

Y al parecer, muy satisfecho.

Nada más aparecer en la zona de la piscina, vio a la rubia.

Era quien, de momento, llamaba más la atención. Al primer golpe de vista, porque tenía un cuerpo sensacional, increíble. Tanto, que Brodine se quedó atónito mirándola, y tardó unos segundos en darse cuenta de que era inevitable mirar hacia ella porque era la única persona que estaba de pie, cerca del borde de la piscina, con un caballete de pintor delante. Estaba pintando un cuadro, pero debía de gustarle mucho el sol, porque se hallaba en bikini. Un bikini de color verde, como sus grandes ojos, que cubría lo estrictamente indispensable. Su piel parecía talmente un auténtico reflejo del sol, dorada, luminosa…

Cierto, había que mirarla inicialmente porque estaba más a la vista que las demás personas, dedicada a una actividad que siempre atrae curiosos. Pero luego, uno olvidaba el caballete, el cuadro, todo. Era tan hermosa que Preston Brodine estuvo todavía unos segundos más como clavado al suelo, mirándola fascinado. Por fin,

reaccionó, y fue sentarse ante una mesita…, pero sin dejar de mirar hacia la rubia.

Un camarero nativo se le acercó, mostrando sus blancos dientes en obsequiosa sonrisa. Allí todo el mundo era amable. Brodine encendió un cigarrillo, tras pedir un *whisky* con hielo, y se quedó de nuevo mirando a la rubia. Una joven pareja estaba junto a ella contemplando el cuadro. El hombre dijo algo, la rubia pintora volvió la cabeza para contestarle, sonriente, y Preston Brodine sintió como un impacto en el pecho. ¡Qué sonrisa…! Una sonrisa que le recordaba algo. Claro, solo podía ser otra sonrisa… ¿Dónde había visto él antes aquella sonrisa, o muy parecida?

Cuando le trajeron el *whisky* se distrajo un instante de su obsesión por la bellísima rubia pintora, que ahora reía francamente, cambiando comentarios con la joven pareja y con un barrigudo caballero que llevaba un albornoz a listas de varios colores. Brodine miró alrededor, por fin. Nada preocupante. Gente que descansaba, que gozaba del sol todavía intenso de la tarde. Había un grupo de personas, todas ellas muy rubias que hizo sonreír a Brodine. Suecos, o algo así. Estaban rojos como tomases. En otra mesa, un negro imponente, con barbita, departía felizmente con dos chicas de raza blanca, preciosas, alegres, y cuyo cometido estaba más que claro. El negro era un pícaro…, con dinero, naturalmente.

Brodine dejó de interesarse por las demás personas para volver su atención hacia la rubia, que estaba recogiendo sus cosas. El barrigudo caballero era el único que estaba ahora junto a la rubia, y Brodine comprendió que la estaba invitando a su mesa junto a la piscina. Así son las cosas: quienes tienen dinero salen a la búsqueda de todo placer que puedan pagarse. La rubia le miraba sonriente, con expresión simpática, pero movía negativamente la cabeza.

¡Viejo cerdo…!

Por fin, la rubia abandonó su lugar de trabajo, y cargada con el caballete, el estuche de pinturas y el cuadro, se fue hacia una mesita, en la que se veía un bolso, lentes de sol, cigarrillos… Se sentó, hizo una seña al camarero, que pareció volar para servirla, y tras encender un cigarrillo, alzó el cuadro en el que estaba trabajando y se quedó mirándolo críticamente… De pronto, su mirada se desvió, tropezó con la de Brodine, y las cejas de la rubia se alzaron. Dio la vuelta al cuadro, mostrándoselo, y en su rostro

apareció una expresión interrogativa, anhelante.

Brodine sonrió, alzó la diestra, y juntó las puntas de los dedos índice y pulgar, musitando «Okay». La muchacha miró el cuadro, volvió a mirarlo a él, vaciló, miró de nuevo el cuadro… Se puso en pie, fue hacia Brodine y se plantó delante, acercándole el cuadro.

—Quizá debería mirarlo mejor, señor —dijo—… ¿De verdad le gusta?

Preston Brodine miró con más atención el cuadro. Se veía la piscina, las tumbonas ocupadas por gentes de raza blanca y negra, las flores, los altos eucaliptos, y una gran zona de cielo intensísimamente azul, en cuyo centro había un círculo rojo-amarillento que figuraba el sol. Era un cuadro casi infantil.

—De verdad me gusta —asintió amablemente Brodine.

—Pues a mí, no. ¿Ve usted el sol?

—Naturalmente.

—Pues ahí está el fallo. A mí me encanta el sol, y me gustaría que todo tuviese su tonalidad sin perder la original. ¿Me comprende?

—Me temo que no demasiado —rio Brodine.

—Bueno… ¿Cómo se lo diría? Veamos… Estas flores de aquí son rojas, ¿verdad? Y el agua es azulada, y el césped es verde, y el tono de los eucaliptos es gris plateado… *Allright?*

—*Allright!* —Rio Brodine—. ¿Es usted inglesa? Me había parecido americana.

—No, no… Soy inglesa. Lo que ocurre es que he estado algunos años en Estados Unidos. Usted sí es americano.

—Así es. Y sigue gustándome el cuadro.

—Pero no he conseguido lo que quería, y es que los distintos colores de todas las cosas tuviesen una tonalidad como la del sol pero sin perder su propio colorido… ¿Me comprende usted?

—Creo que ahora sí. Y me parece que eso no es fácil de conseguir.

—No, no lo es… Pero yo no me doy fácilmente por vencida. ¿Cree usted que tengo posibilidades?

—Para ser sincero, no puedo decírselo. No entiendo lo suficiente.

—¿Cómo que no? —Se sorprendió la rubia—. ¡Pero si yo creía que era usted un experto!

—¿Yo? —Se sorprendió ahora Brodine—. ¿Y por qué ha pensado eso de mí?

—Verá usted… La mayoría de las personas que no entienden de pintura enseguida acercan sus narizotas cuando ven a alguien trabajando, y se quedan mirando el cuadro con aire crítico. Incluso, si van acompañados, se permiten hacer comentarios, para darse importancia. En cambio, los que de verdad entienden, ni siquiera tienen que acercarse para obtener una opinión. Les hasta un vistazo. Y por supuesto, son los que menos molestan.

—Entiendo. Bien, en mi caso si no me he acercado ha sido simplemente por discreción. Pero el cuadro continúa gustándome.

La muchacha entornó los ojos, con un delicioso gesto de malicia.

—¿Lo comprará, quizás? —sugirió.

—¿Por qué no? —rio de nuevo Brodine.

—Caramba… ¡Entonces, no es tan malo como yo me temía!

—Me parece que el camarero no sabe qué hacer con su bebida —señaló Brodine hacia la mesa de la rubia—: está vacilando entre traerla aquí o dejarla en su mesa.

—Me llamo Nora Tisdale —dijo la muchacha.

—Yo me llamo Preston Brodine —rio todavía más fuerte el maravillado fabricante de armas—… Y ahora que ya estamos correctamente presentados, me gustaría invitarla a mi mesa, señorita Tisdale.

—Eso es exactamente lo que yo estaba deseando —rio ahora Nora—… Y debo decirle que nuestra presentación no ha sido demasiado correcta, francamente.

—¿No? —Se sorprendió una vez más Brodine, haciéndole una seña al camarero—. ¿Por qué?

—Pues… Desde pequeñita, mis papás me decían que no debía hablar con desconocidos, y desde luego, las presentaciones no debía hacerlas una misma, sino otra persona.

—¡Eso es muy británico! —exclamó Brodine, que tras ponerse en pie se sentó cuando lo hizo Nora Tisdale—. Pero un tanto… anticuado, ¿no le parece?

—Sí. Y además, hace ya mucho tiempo que dejé de ser una niña tímida.

—No creo que haga demasiado —protestó Brodine.

—¡Huy…! Se sorprendería usted si supiese mi edad, señor

Brodine, se lo aseguro.

—Mmm… ¿Veinticinco?

—¡Santo cielo…! ¡Muchísimas gracias!

—¿Veintiséis? —apuntó Brodine, que se sentía encantado de la vida.

—¡Muchos más!

—¿Noventa?

—¡Ha estado muy cerca! —Rio Nora—. ¡Muy cerca! Rieron los dos.

Brodine ni siguiera recordaba ya para qué había hecho tan largo viaje.

Nora bebió un sorbito de su refresco, y sacudió su melenita rubia con un gracioso gesto.

—Me alegro de haber venido a Etiopía —dijo—… ¡Me gusta tanto el sol! Además, en Londres me aburría mortalmente.

—Caramba… ¡Eso sí es grave, aburrirse nada menos que en Londres!

—Es que allá siempre pasa lo mismo. ¿Sabe cuál es la tragedia de mi vida?

—¿Hay una tragedia en su vida? —exclamó Brodine.

—Y terrible: soy bonita.

—A mí no me parece eso una tragedia, francamente.

—Lo comprendería si fuese usted una chica bonita. Estaba más que harta de posar en Londres, así que decido marcharme muy lejos, y me vengo a Etiopía. ¿Qué dirá usted que es lo primero que me sucede en Etiopía, concretamente aquí mismo, en el hotel?

—Pues no sé…

—¿Ha visto usted al señor de la gran barriga?

—Sí —rio una vez más Brodine—. Apuesto a que la ha invitado a cenar.

—Nada de eso. Oh, bueno, quiero decir que eso sería aparte Pero su proposición ha sido bien otra. Lleva dos días insinuándose, y por fin, hace unos minutos, lo ha soltado: me pagarían espléndidamente por tomar parte en una peliculita de corta duración.

—Ah —frunció el ceño Brodine—… Sí, creo que entiendo. ¿Pornografía?

—Ya lo ha comprendido. ¿No es eso una tragedia? Bueno… ¿Y

usted a qué se dedica, señor Brodine?

—Soy viajante de maquinaria agrícola.

—Maquinaria agrícola —se pasmó Nora—… Qué interesante.

—Ya sé que no lo es en absoluto, pero de algo se ha de vivir.

—Sí, claro. Y de todos modos, su trabajo no se convierte en tragedia. Oiga: ¿por qué no está en traje de baño, como todos?

—No tenía intención de bañarme. Digamos que estoy… reconociendo el terreno, tomando posiciones. Mañana será otro día.

—Sin duda alguna. ¿Va a estar mucho tiempo por aquí?

—No lo sé. ¿Y usted?

—Oh, tampoco lo sé… Hace dos días que llegué, y me encuentro divinamente aquí, de modo que quizá me quede un par de semanas, o un mes. ¿Tiene usted amigos aquí, en Bahar Dar?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque si tuviese amigos, quizá nos invitasen a conocer bien estos lugares. Podríamos ir en las excursiones que organiza el hotel, pero resultan monótonas, estereotipadas. El primer día, apenas llegar, me fui a ver unas cataratas, o algo así, que por lo que decían parecía que fuesen algo así como una maravilla del mundo. Bueno, pues fui allá, y… ¿qué diría usted que vi? Agua. Agua y más agua cayendo. Lo que después de haber estado en Niagara Falls no me pareció ninguna maravilla… Yo creo que sí tiene usted amigos aquí, señor Brodine.

—¿Por qué lo dice?

—Porque allá hay un caballero que nos está mirando con expresión un tanto… indecisa. Puesto que yo no lo conozco de nada, pienso que quiere hablar con usted, pero no sabe si va a molestar viniendo en este momento.

Brodine volvió la cabeza, con gesto lento, natural, y vio a Kafur. Un árabe vestido a la europea, de unos cuarenta años, rasgos acusados, gran nariz…, y una barbita grisácea. Todo iba bien, sí. Allá estaba Kafur, que, evidentemente, estaba cumpliendo su parte después del acuerdo definitivo en Washington, en la embajada de Muyang.

—Oh, sí —dijo con toda naturalidad Brodine—… Es uno de mis probables clientes. ¿Me perdonaría usted unos minutos, señorita Tisdale?

—Oh, sí. Aprovecharé para subir a mi habitación a vestirme

para la cena. ¡Aunque es tan aburrido cenar siempre sola…!

—Quizás eso podría arreglarse —murmuró Brodine, poniéndose en pie.

Ella le sonrió, recogió el cuadro, y regresó a su mesa, donde recogió sus cosas. Mientras tanto, el árabe de la barbita se había acercado a la mesa de Preston Brodine, y ocupaba ahora el lugar dejado vacante por Nora Tisdale. La cual pasó cerca de ambos hombres, saludó con un gesto de la barbilla a Brodine, y abandonó la zona de la piscina.

No era tiempo lo que le sobraba, ciertamente, si quería seguir luego al árabe de la barbita. Tenía que subir a su habitación, vestirse rápidamente, bajar, y buscar un lugar adecuado desde el cual pudiese observar la salida del árabe, y seguirlo… No iba a ser fácil, pues todavía era de día, y por tres horas al menos, aún. Y no era probable que Brodine y el árabe estuviesen conversando junto a la piscina durante tres horas…

Entró en su habitación, dejó los útiles de pintura, y se quitó el bikini, tirándolo sobre la cama. Completamente desnuda, abrió el armario, y sacó unas ropas adecuadas para la hora de la cena, pero, al mismo tiempo, cómodas y prácticas para andar en seguimiento del árabe. Aunque quizá sería una imprudencia comenzar tan pronto con eso… No tenía la menor duda de que el árabe y Preston Brodine se verían a menudo… ¿O no? Decididamente, en la duda, más valía no perder la pista, ya que tan cerca la tenía.

Sonó la llamada a la puerta cuando solamente se había puesto unas encantadoras braguitas azules, diminutas… Alargó la mano, tomó una bata…, pero de pronto, sonrió, y la dejó. No era mal procedimiento poner cuanto antes de su parte a Preston Brodine, que seguramente acudía a invitarla formalmente a cenar. Lo que significaba que había terminado con el árabe…, al que ella ya no podría seguir. Mala suerte. Pero, al menos, iría metiendo en el cepo a Brodine.

Pues no.

No era Preston Brodine.

Nora emitió un gritito cuando al abrir la puerta vio ante ella a dos hombres. Inmediatamente, quiso cerrarla, pero uno de los hombres puso una mano plana en la madera, y fue como si la puerta hubiese quedado clavada. El otro entró…

—¡Oigan…! —comenzó a protestar Nora Tisdale.

—Cállese.

Diciendo esto, el que había entrado la apuntó con una pistola que sacó rápidamente. El otro también entró, cerró la puerta, y se quedó mirando alrededor. No había gran cosa que mirar. Fue hacia el armario, y removió algunas cosas: vestidos, un par de maletas, zapatos, un maletín rojo con florecillas azules estampadas… Miró dentro de las maletas, en las que no había nada. Luego, abrió el maletín, y se quedó mirando su contenido.

—¿Qué significa esto? —Pudo articular finalmente la rubia—. ¿Qué buscan ustedes? ¿Quiénes son? ¡Me quejaré a…!

—Le he dicho que se calle.

El otro tomó el pasaporte que había en el maletín: Nora Tisdale, inglesa, residente en Londres… Lo dejó a un lado, y alzó la pequeña pistolita de cachas de madreperla. Su mirada fue luego, fría y lenta, hacia Nora Tisdale, que había cruzado los brazos sobre sus desnudos senos.

—¿MI6? —preguntó.

—¿Qué? —se desconcertó la rubia.

—Vístase inmediatamente. Luego, saldremos los tres de aquí. Pero no iremos juntos: yo iré primero, usted detrás, y mi compañero en último lugar, detrás de usted. Como si no nos conociésemos. Pero si usted no me sigue, mi compañero le disparará a la espalda. ¿Está bien claro?

—¡Pero esto es un secuestro! ¡Ustedes no…!

—Vamos, no diga más tonterías —gruñó el de la pistola—. Sería absurdo que nos complicásemos la vida. Brodine está ahora con Kafar Al Din conversando junto a la piscina, como usted bien sabe. De modo que es el momento de que salgamos del hotel sin ser vistos por ellos. Y no quiero más discusiones, señorita… ¿Cómo se llama ella?

—Nora Tisdale —dijo el otro, cerrando el maletín.

—Muy bien, señorita Tisdale. ¿Estamos de acuerdo? Sea razonable: ¿por qué complicar las cosas entre profesionales?

Nora Tisdale asintió, y procedió a vestirse rápidamente. El hombre que se había hecho cargo del maletín retiró la pistola de este, y lo puso en manos de Nora. Se dirigió hacia la puerta, la abrió, y miró a derecha e izquierda del pasillo. Nora miró al otro,

que le hizo una seña, y la rubia se dirigió hacia la puerta. Detrás de ella salió el de la pistola, guardándola. En el extremo del pasillo donde estaba la escalera, esperaba el otro hombre, que inició el descenso.

Sin ninguna complicación, salieron segundos después del hotel, como si no tuviesen nada que ver unos con otros. Unos doscientos metros más allá, apareció el coche, se metieron dentro los tres, y el vehículo reanudó la marcha.

Nada de complicaciones.

4

Llegaron a destino en seis o siete minutos. Dejaron el coche en una pequeña plaza adornada con eucaliptos, se apearon, y el negro que había conducido el coche se dirigió sin decir palabra hacia una estrecha callejuela. Los tres le siguieron, siempre Nora en medio. Algunas personas se volvían a mirarlos, especialmente a la bellísima rubia, que cuando miró hacia el fondo de la calleja vio el campo abierto. Llegaron casi al final de la calle, en la que iban escaseando las casas. El negro se detuvo delante de una, y entró. Segundos después entraban los tres. El negro, que esperaba junto a la puerta, la cerró, y se adentró en la casa, siempre seguido por los tres. Finalmente, llegaron a una especie de saloncito, pequeño y sucio, de muebles deteriorados y polvorientos.

—¿Un cigarrillo? —ofreció el de la pistola.

Nora Tisdale lo aceptó, en silencio. Y también aceptó el gesto de invitación a sentarse en un mugriento sofá de terciopelo rojo. Cuando cruzó las piernas, el negro las miró, y sus ojos inyectados en sangre emitieron un destello lúbrico incontenible. Nora desvió la mirada de él, hacia los otros dos.

—Puede usted llamarnos A y B —dijo el de la pistola—. A usted la llamaremos Nora, bien entendido que comprendemos que ese nombre tiene la misma importancia y veracidad que los que acabo de asignar a mi compañero y a mí. ¿De acuerdo?

—¿Son israelitas? —murmuró Nora.

—Quizá. Mire, Nora, no sé hasta qué punto ha podido usted engañar a Preston Brodine con su contacto tan simpático, pero lo cierto es que nosotros hemos comprendido que el asunto no tiene nada de casual. Lo que significa que el servicio secreto británico, al que usted pertenece según los indicios de que disponemos por el momento, está detrás de Brodine. ¿De acuerdo?

Nora Tisdale miraba de uno a otro. Los dos debían de tener poco

más de treinta a años, eran altos, atléticos, de mirada inteligente. A era moreno, B era rubio, de ojos claros. Vestían bien, discretamente, y se notaba su sobriedad, su seguridad en sí mismos. Ni sonreían ni adoptaban actitudes truculentas. Profesionales de los pies a la cabeza.

—De acuerdo —murmuró.

A se sentó en una desvencijada silla, aprobando con un gesto el buen sentido de la «invitada».

—¿Qué saben ustedes de todo este asunto? —preguntó.

—¿Cuál asunto, exactamente?

Por un instante, el ceño de A se frunció. Luego, encogió los hombros.

—¿Le suena el nombre de Hassan Kamaralzaman? —preguntó.

—En absoluto. Ni siquiera sabría pronunciarlo.

—Kamaralzaman es un árabe de Kuwait, por supuesto riquísimo. Es un hombre un tanto… extraño, que nunca se ha buscado complicaciones, de índole política o probélica en el Oriente Medio…, ni en ninguna otra parte, desde luego. Sin embargo, hace unos meses comenzó a tener contacto con otros árabes también muy ricos, de otros países. Sabemos que algunos de ellos están en el oasis, pero no cuáles…

—¿Un oasis?

—Uno que hay relativamente cerca de Bahar Dar, siguiendo la orilla del lago hacia el norte. Bueno, no es propiamente un oasis ya que hay vegetación en todos estos lugares, y la de ese lugar no constituye ningún hecho excepcional. Nosotros lo llamamos El Oasis, como simple sistema identificatorio, como la llamamos Nora a usted y nos llamamos A y B a nosotros mismos. En realidad, el lugar tiene todo el encanto de un oasis. Es una enorme extensión de terreno abrupto, lleno de árboles, flores, arbustos de toda clase… En el centro está la casa. Solo hemos podido verla, y no muy bien, desde lejos, utilizando prismáticos. Dentro de El Oasis no hay caminos amplios que permitan la circulación de coches. Y tenemos la impresión de que llegar a esa casa ha de ser toda una aventura.

—O sea, que todo ese oasis, esa… selva privada de Hassan Kamaralzaman, debe de estar muy bien vigilada.

—Sin la menor duda, aunque no hemos visto personal dedicado a ello. De todos modos, eso no puede engañarnos a nosotros,

¿verdad?: sea cual sea el sistema que Kamaralzaman esté utilizando, el lugar debe de ser lo más parecido a una fortaleza. Pues bien: a ese lugar se trasladó hace unas semanas Hassan Kamaralzaman. Tenemos entendido que lo compró a un británico que estaba hasta las narices de Etiopía. En cuanto a Kafur Al Din, es el hombre de confianza de Kamaralzaman… Algo así como su secretario y consejero.

—Y ese Kafur Al Din es el hombre de la barbita que dejamos hablando con el señor Brodine.

—Exacto. ¿Sabe quién es Preston Brodine?

—¿Quién es?

De nuevo frunció A el ceño, pero solo un instante.

—Preston Dewey Brodine es el hombre importante de una… empresa norteamericana dedicada a la fabricación de armamento de todas clases. Nosotros, que teníamos bajo el punto de mira a Kamaralzaman, lo seguimos hasta aquí. Desde aquí, seguimos a Kafur Al Din a Estados Unidos…

—Han viajado mucho —sonrió Nora.

—Usted ha entendido perfectamente que al decir «nosotros» nos referimos a nuestra organización. Supimos que Al Din iba a Nueva York, y pasamos aviso allá. Lo esperaron, lo siguieron hasta Washington, y allá, unos amigos nuestros fueron estrechando el cerco. El resultado final fue que relacionaron a Kafur Al Din con dos personas. Una de ellas…

A dejó de hablar, se quedó mirando fijamente a Nora Tisdale. De pronto, tomó el maletín de esta, lo abrió, sacó el pasaporte británico, y lo estuvo examinando con toda atención durante más de dos minutos. B se le había acercado, y ambos estuvieron cuchicheando. Luego, A guardó el pasaporte en el maletín, y dejó este en el suelo.

—El pasaporte es auténtico —dijo.

—Por supuesto —se sorprendió Nora.

A y B volvieron a mirarse, miraron a la rubia, vacilaron… Por fin, A encogió los hombros, y continuó:

—Una de las personas que fue relacionada con Kafur Al Din es una mujer que estuvo en una recepción en una embajada, a la que asistió Kafur Al Din, ignoramos por qué conducto, aunque pensamos que recibió la invitación por medio de Presten Brodine, que es la

otra persona. Respecto a la mujer, nuestros compañeros tuvieron un pequeño tropiezo con ella, y uno de ellos resultó accidentalmente herido, por fortuna de escasa gravedad. La mujer fue identificada rápidamente… Es una famosa periodista americana, que debe de tener un buen olfato, y que posiblemente solo por eso siguió a Kafur Al Din. Resultó una persona… extraordinaria, y pudo escapar a las intenciones de interrogatorio que nuestros compañeros tenían con respecto a ella. Posteriormente, fue situada en su apartamento, tan tranquila, sin complicarse la vida, y, a menos que haya sucedido algo nuevo que nosotros desconocemos, allá debe de seguir.

—¿Y si no sigue allí?

—Lo sabremos más pronto o más tarde. Si ella ha emprendido viaje, nuestros compañeros lo saben en estos momentos, y saben también dónde está. Pero, dejemos eso, y volvamos a Preston Brodine… ¿Hay algo que le resulte especialmente divertido?

—¿Por qué supone eso? —Se sorprendió Nora.

—Me ha parecido que sonreía usted.

—Bueno, quizás… La verdad es que el señor Brodine me ha resultado muy simpático. Sí, quizás he sonreído por eso.

El negro y los dos blancos miraban atentamente a Nora. Por su parte, esta continuaba sonriendo…, solo que interiormente. ¿En verdad creían aquellos sujetos que a ella podían controlarla? Veamos: había salido de Nueva York con destino a Londres, y en los servicios del aeropuerto se había convertido en la ciudadana francesa Monique Lafrance. Con esta personalidad, y mientras alguien se volvía loco buscando a la señorita Montfort, que se había esfumado, ella había volado a Paris…, en cuyos servicios se convirtió en Nora Tisdale, ciudadana británica que partía de vacaciones a Etiopía. ¿Realmente estaba controlada?

Gracioso.

—Ya —dijo A—… Hablemos de Brodine, ya que este fue visto conversando disimuladamente con Kafur Al Din en la embajada en cuestión. Como le decía, Preston Dewey Brodine es el hombre importante de cierta fábrica de armamento norteamericana. Claro está, esa fábrica es de una complejidad y una importancia imposible de calibrar, pero sí sabemos que Brodine prácticamente es su dirigente más importante. Así que ya habíamos conseguido algo siguiendo a Kafur Al Din: ¿qué tenían que tratar él y Brodine? Para

saberlo, nos dedicamos a vigilar a Preston Brodine, y naturalmente, a Kafur Al Din, al que uno de los nuestros no había perdido de vista. Se nos avisó de que abandonaba Estados Unidos, y por el proceso inverso, fue controlado en todo momento, hasta llegar a Etiopía, y finalmente al oasis de Hassan Kamaralzaman. Pocos días después, llega Preston Brodine, y, como era de esperar, Kafur, siempre controlado, se encuentra con él, en el Ras Hotel. Hasta aquí, nosotros tenemos datos suficientes para seguir trabajando, y, en su momento y si así conviene, efectuar una… discreta incursión en El Oasis. Pero, de pronto, aparece usted. Nosotros vigilábamos a Kafur, le vemos ir al Ras Hotel, y vemos allí a Brodine. Normal. Nada de esto nos sorprende: por medio de Kafur hemos localizado a Brodine. Ahora, sabemos dónde están los dos, sabemos dónde está Hassan Kamaralzaman y algunos amigos… Pero no sabemos *quién es realmente usted y qué es lo que sabe*. ¿Le sorprende ahora que hayamos querido… clarificar un poco las cosas?

—No.

—De acuerdo, entonces: ¿quién es usted, qué sabe de todo el asunto y por qué conductos ha llegado hasta Brodine?

—Según entiendo, ustedes me están pidiendo colaboración a las buenas.

—Naturalmente: Nosotros no queremos tropiezos con el servicio secreto británico. Por otra parte, nuestra impresión es la de que, juntando nuestras fuerzas y nuestros informes, quizá consigamos rápidamente algo positivo. Los ingleses no nos preocupan. En cambio, nos preocupan y nos interesan muchísimo las personas como Hassan Kamaralzaman, árabes que organizan contactos con fabricantes de armas americanos… Estoy seguro de que entiende esto perfectamente, Nora.

—Sí.

—Bien… Cambiemos impresiones, usted regresa tranquilamente a su hotel después de comprar alguna cosa que de pronto se le había convertido en imprescindible, y Brodine no sospechará nada. En cambio, tanto nosotros como ustedes, los británicos, estaremos mejor informados…, y hasta podríamos llegar a un acuerdo de colaboración.

—Sí. Pero temo que no puedo aportar nada al acuerdo. No sé más que ustedes. La verdad es que sabía mucho menos. Lo siento.

La boca de A se plegó un instante con durísimo gesto.
—Su actitud no me parece razonable, Nora. Y mucho menos, amistosa.
—Les estoy diciendo la verdad. Yo no…
La llamada a la puerta llegó hasta allí, amortiguada. A miró al negro, que asintió y abandonó el saloncito.
Regresó a los pocos segundos, con otro hombre blanco, que miró a Nora Tisdale, y luego a sus compañeros.
—¿Qué dice la rubia? —se interesó—. ¿Algo interesante?
—Dice que no sabe nada. ¿Qué pasa con Kafur? ¿Por qué no lo estás siguiendo?
—Bah… Terminó la conversación con Brodine, y emprendió el regreso a El Oasis. Sabemos dónde encontrarle. En cuanto a Brodine, se ha quedado en el hotel, de momento. Así que decidí venir a ver si sabíamos algo nuevo, más definitivo… ¿De modo que la rubia no sabe nada?
—Me llamo Nora —sonrió esta.
El recién llegado, tan alto y fuerte como los otros, quizá cuatro o cinco años más joven, y más rubio que el rubio llamado A, se quedó mirándola hoscamente.
—Dejádmela a mí, ya veréis como recuerda muchas cosas… —masculló.
—Tranquilízate. A fin de cuentas, es una agente británica, no una aliada de Brodine, o de Kamaralzaman. De todos modos —A se volvió de nuevo hacia Nora Tisdale—, creo que debería ser usted más sincera y amistosa con nosotros, Nora. ¿Acaso no le parecen razonables nuestras propuestas?
—Ya le he dicho que sí. Pero también le he dicho que no puedo aportar más datos. Sabía bastante menos que ustedes.
—Es decir, que usted ha estado recibiendo información y no nos da nada a cambio.
—Sean consecuentes —refunfuñó Nora Tisdale—… Todo lo han hecho ustedes. Me han traído aquí a la fuerza, me han explicado lo que les ha parecido bien… En ningún momento he dicho que yo supiese más que ustedes, ni he pedido información alguna.
—Es usted muy lista, ¿verdad? —sonrió el recién llegado.
—Bastante —admitió Nora, sonriendo también.
Los tres hombres de raza blanca se quedaron mirándola ceñudos,

evidentemente irritados.

—Yo podría violarla —dijo el negro—. Eso me gustaría mucho, y ella hablaría entonces, para que no lo hiciese otra vez.

Nora Tisdale lanzó una carcajada.

—¿Y cómo sabe usted que las cosas sucederían así? —replicó—. A lo mejor me gustaba mucho que usted me violase, y entonces no hablaría, precisamente para que siguiera haciéndolo… Ya veríamos quién se cansaría antes.

El negro la contemplaba con expresión estupefacta. Los tres hombres blancos continuaban con el ceño fruncido. Por fin, A murmuró:

—Bueno, si realmente eso es lo que usted quiere… Le seguro que Ningo es muy fuerte.

—Me encantan los hombres fuertes —entornó los ojos Nora.

—¿La violo? —Pudo reaccionar por fin el negro Ningo.

—Bueno, bueno —alzó las manitas la rubia—… Vamos a hablar en serio. Y digo *en serio* para que ustedes se lo tomen en serio, y no piensen que estoy intentando engañarles.

—Hablemos en serio —aceptó A.

—De acuerdo. Yo me voy a marchar de aquí ahora mismo, con todas mis cosas. Regresaré el hotel, en efecto después de haber comprado alguna cosa para justificar mi salida, y me ocuparé de Brodine. Ustedes solo saben que Hassan Kamaralzaman…

—Creí que ni siquiera podría pronunciar ese nombre.

—Aprendo muy deprisa —sonrió la rubia—. Decía que ustedes solo saben que Kamaralzaman está allí, en El Oasis, pero no saben a qué se dedica, y, evidentemente, para enterarse deberían recurrir a procedimientos un tanto rudos y peligrosos; procedimientos que las personas inteligentes como nosotros solo utilizan como último recurso. ¿Cierto?

—Cierto. ¿Está sugiriendo que usted podría llegar a El Oasis, y conseguir allí una información que nos ayudaría a comprender mejor la situación y lo que están tramando esos árabes?

—Exactamente.

—Por supuesto, utilizando a Brodine.

—Claro. Podría tomarlo de mi cuenta, y les aseguro que Brodine me diría todo lo que nos interesa… Perdón: he debido decir que nos diría todo lo que él sabe. Pero quizá no sepa lo suficiente, en cuyo

caso comprenderán que es mejor entrar en El Oasis… Eso aparte de que puedo encauzar debidamente la conversación con Brodine para que él me vaya diciendo algunas cosas.

—Nosotros no habíamos pensado pedirle tanto: solo queríamos un intercambio de información… Lo que usted pretende es muy peligroso.

—Tranquilicen sus conciencias —dijo secamente Nora—: nadie les pedirá responsabilidades.

—Si usted está dispuesta a eso, no hay inconveniente —murmuró B.

—Pues asunto arreglado. Ahora, un pequeño detalle… Ustedes saben ya que yo soy británica. Yo quiero saber qué son ustedes. No me gustaría estar trabajando para los rusos…, por ejemplo.

—Antes pensaba usted que somos israelitas —sonrió A.

—¿Lo son?

—Sí. Pertenecemos al Sherout Ha Bitachou.

—El servicio de contraespionaje israelita. Muy bien —de pronto, con toda naturalidad, Nora Tisdale habló en ruso—: ¿puedo marcharme en este mismo momento?

—¿Qué? —Se sorprendió A.

—Ha preguntado si puede marcharse, pero en ruso —dijo el tercer israelita—. Una trampa sencilla para ver si todos nosotros la entendíamos.

—Pues ya ha visto que no —refunfuñó A, mirando hoscamente a Nora—… Solo uno de nosotros habla ruso. Los otros dos somos especialistas en árabe.

—Magnífico —asintió Nora, poniéndose en pie—… A usted, al que habla ruso, lo llamaré C. ¿Puedo marcharme?

—Sí. La llevaremos en el…

—No, no. Me las arreglaré sola para regresar al hotel. ¿Cómo nos comunicaremos?

—Siempre habrá uno de nosotros cerca de usted, no se preocupe.

—Sería mejor que dispusiéramos de un contacto más directo, me parece. Si ustedes tienen radios de bolsillo, podrían darme una.

—No —negó A—. Váyase tranquila, que si nos necesita allá estaremos. Devuélvele la pistola.

B devolvió la pistolita a Nora, que la guardó en el maletín, asió

este, y se dirigió hacia la puerta. Allá, se volvió.

—Actualmente, se dice que el mejor sistema de espionaje del mundo es el israelita. Yo no lo voy a poner en duda, ni quiero enseñar a nadie su trabajo, pero…

—Estará usted segura en todo momento —insistió A—. Hemos hecho un pacto, y nosotros lo cumpliremos.

Nora movió la cabeza, no muy convencida al parecer, pero acabó por encoger los hombros, miró sonriente al negro, y dijo:

—Adiós, Ningo: otra vez será.

—Le habría gustado —sonrió también Ningo.

—Soy una pobre tonta —reflexionó graciosamente Nora—… ¡Siempre me pierdo lo mejor!

5

—... Y lo mejor de todo —rio Nora— es que de todos modos, el fotógrafo me pagó. El pobre era un auténtico cretino.

—Así parece —sonreía Brodine—... Ya que no pudo conseguir llevarla a la cama, al menos debió hacerle las fotografías para las que la había contratado. Debió de ponerse nervioso.

—Sí... Estaba bastante impresionado. Allá tenía una chica encantadora, desnudita ante la cámara, con aspecto angelical..., que de pronto, cuando él comenzó a tocarle los pechos con el cuento de que era para colocárselos bien para las fotografías, le atizó un golpe de karate que le partió un diente.

—Impresionante en verdad. ¿Le ha pasado eso muchas veces?

—Algunas. Pero siempre me las he arreglado para salir del apuro.

—¿Eso significa que usted es virgen?

—¡Pero hombre...! —Abrió mucho los ojos Nora Tisdale—. ¡Claro que no! ¿Por qué clase de bicho raro me toma? Lo que pasa es que no me gusta que me traten como a una tonta, y que se crean que porque una se dedica a posar para pintores y fotógrafos tiene que acostarse con todos ellos. ¡Qué tontería! Si algo tengo de bueno es que sé elegir bien mis diversiones. Y a los hombres, claro. ¡Qué cena tan maravillosa!

—Me alegra haber acertado —sonrió Brodine—... ¿Un poco más le champaña?

—Oh, sí... ¡Me encanta el champaña! ¿De verdad le gustó mi cuadro, Preston?

—Bueno, no es el más maravilloso del mundo, pero tiene... tiene gracia. Resulta simpático. ¿Cómo se le ocurrió pintar?

—Pues por eso: porque estaba ya harta de caballeros que solo querían acostarse conmigo. Un día me dije: bueno, querida, y en lugar de ponerte para que te pinten... ¿por qué no pintas tú? Y así

empezó la cosa. Ahora, voy alternando mis cuadros y mis poses para artistas interesantes. El último fue sensacional, algo apoteósico… ¿Qué diría usted que hicimos?

Preston Brodine puso cara de pensar, con un gesto simpático. Nora Tisdale tomó su copa de champaña, y bebió un sorbito, mirando alrededor. Por supuesto, el hombre de la gran barriga no la perdía de vista, pese a estar en el otro extremo del comedor, abierto a los jardines. El ambiente era sumamente grato. Se olía a flores, se veía la gran luna en un cielo estrellado, la temperatura era deliciosa en aquel momento. La cena había sido en verdad exquisita… En su mesa, la joven pareja cuchicheaban, uno frente a otro. Se habían cogido de una mano, y era de esperar que muy pronto se retirasen a su habitación. Naturalmente, estaban en viaje de luna de miel…

—No consigo imaginarlo —dijo Brodine—. ¿Qué hicieron?

—Ante todo, debo decirle que era un fotógrafo, no un pintor. Bueno, cuando llegué al estudio, estaba el fotógrafo, y un muchacho de lo más encantador: alto, guapísimo, rubio, con unos ojos enternecedores y una musculatura impresionante. El fotógrafo me dijo que quería publicar un tomo de fotografías exclusivamente dedicadas al *Kama Sutra*. ¿Comprende?

—Pues… me parece que sí. Quería que usted y el bellísimo muchacho efectuasen las diferentes posturas del *Kama Sutra* para el acto del amor.

—¡Exactamente!

—¿Y… aceptó usted?

—Fue terrible: justamente en esos días yo no podía hacer esas cosas. Brodine quedó un instante desconcertado. Luego, soltó una de sus vibrantes y simpáticas carcajadas.

—¡Eso debió de ser todo un trauma para el guapo muchacho rubio!

—Y para mí.

—Es usted fantástica… Naturalmente, sé que me está contando toda una serie de simpáticas mentiras, pero lo estoy pasando formidablemente. ¿Nos veremos más tarde para bailar un poco? Tengo entendido que en estos lugares tocan una música… capaz de encender la sangre de una piedra.

—Sí —admitió Nora—… Anoche estuve un rato en el club, tomando una copa, y lo pasé divinamente. ¿No le parece que la

música es lo más maravilloso del mundo?

—¿Tanto? —sonrió Brodine.

—Sí, sí… ¿Acaso conoce usted algo más expresivo que la música? Yo no, lo confieso. La música puede expresar todos los estados de ánimo, o todavía más, puede inducirnos a toda una gama de estados de ánimo: hay música para alegrarnos, para ponernos lánguidos, o románticos, o tristes, o salvajes… La música puede transportarnos más que cualquier otra cosa a toda una serie de mundos diferentes. Por ejemplo, la música de anoche, que tocaban unos negros muy simpáticos, me transportó a una aldea perdida en el interior de África, me hizo ver una luna roja, me permitió oír el rugido del león en la espesura, el cálido grito del amor entre las flores… ¡Y todo eso, con unos simples tambores! ¿Se da cuenta?

—Me doy cuenta —murmuró Brodine, absolutamente fascinado —… ¡Y me gustaría escucharla esta noche, para ver adónde me transporta a mí! Pero me gustaría escucharla en su compañía.

—Eso le costaría otra botella de champaña, amigo mío.

—¡Trato hecho!

* * *

Hacia las doce de la noche, la hermosa rubia se despidió de Preston Brodine delante de la puerta de su habitación, tendiéndole la mano.

—Ha sido una noche deliciosa, Preston. Gracias por todo.

—Celebro que lo hayas pasado bien. ¿Has oído el rugido del león, gracias a la música?

—Sí —rio ella—… ¿Y tú?

—Yo nada más te oía y te veía a ti.

—Oh… ¿Y eso te gustaba?

—Si alguien me preguntase cómo es Etiopía, o Bahar Dar, o el Ras Hotel, sus jardines y su música, yo diría: Nora.

—Dios mío… ¡Eso es terriblemente romántico, Preston!

—Estaba pensando en pedirte que me dejases entrar para ver de nuevo tu cuadro, pero recuerdo muy bien que no te gusta que te traten como a una tonta. Así que, simplemente: ¿puedo entrar?

—¿Para qué?

—Me gustaría poder contemplar lo que tanto entusiasma a los fotógrafos y pintores para los que has posado.

—Oh, pero no tengo aquí ninguna fotografía de esas…

—Tienes algo mejor: el original.

—¡Qué proposición tan ingenua, querer ver a una chica desnuda…! Pero está bien, si ese es tu deseo…

—¿Puedo?

Nora Tisdale sonrió, y tendió la llave a Brodine, que abrió la puerta y se apartó.

Nora entró, él lo hizo detrás, cerró la puerta, y se quedó mirando a la bellísima rubia, que sonrió, apagó la luz, y se dirigió hacia la terraza. Abrió las puerta-ventanas de cristal, y un aire tibio entró en el dormitorio, como flotando en la rojiza luz de la luna.

Todavía ante la puerta, Preston Brodine veía perfectamente a Nora recortándose en la luz lunar. Vio sus movimientos, oyó el susurro de la ropa…

Finalmente, el bello contorno del cuerpo femenino se ofreció completamente a sus ojos. Se acercó, y sus manos rodearon la cintura de Nora, que le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Me ves bien? —susurró.

—Mucho mejor que a la luz eléctrica —replicó él, con voz tensa —… Y temo que de un momento a otro vayas a desvanecerte, como un sueño.

—¿Te parece que soy un sueño? —rio ella.

—Ahora, no, pero… ¿De verdad puedes quedarte el tiempo que quiera?

—Más o menos. Puedo decidir marcharme en cualquier momento.

—No lo hagas… No lo hagas sin avisarme, Nora, por favor.

—¿Por qué?

—No quiero que te alejes de mí… nunca.

—Oh, vamos, Preston, no me gustan las mentiras. Esta es una noche de nuestras vidas, solo eso. De todos modos, te agradezco que hayas dicho eso. Y si realmente no deseas que me aleje de ti mientras estés aquí…, de acuerdo. Pero ya veremos si por la mañana continúas deseando mi compañía en todo momento.

—Por la mañana y siempre.

—¡Sería tan hermoso…! La verdad es que yo tampoco deseo separarme de ti. En estos momentos pienso que te seguiría allá donde fueses, siempre, en todo momento… ¡Si te separas de mí un

solo segundo, te odiaré!

—No tendrás que odiarme…

* * *

Estaba desnuda ante el espejo del cuarto de baño cuando sonó la llamada a la puerta. Tras el pequeño sobresalto, Brigitte Montfort se colocó la rubia peluca rápidamente, asegurándose de que quedaba encajada con la perfección adecuada; tanta perfección, que nadie podría adivinar que llevaba peluca. La CIA no reparaba en gastos cuando se trataba de material para sus mejores agentes, y mucho menos cuando ese agente era nada menos que Baby, NY 7117. Se colocó también rápidamente las lentillas de contacto de color verde, e introdujo en sus fosas nasales los flexibles aros de plástico especial que deformaban levemente la forma de la nariz.

Era suficiente.

Cuando se acercó a la puerta, la llamada se había repetido.

—¿Quién es? —preguntó.

—Preston.

Abrió la puerta, sonriendo dulcemente, y cuando Brodine entró se colgó de su cuello, y le besó en los labios.

—Hace más de dos horas que no nos vemos —susurró—… Supongo que nadie te vio en el pasillo cuando volviste a tu *suite*.

—Claro que no. ¿Estabas durmiendo?

—Algo adormilada… ¿Adónde vas tan temprano?

—Tengo que visitar a un cliente.

—¡Oh! Había olvidado que estás aquí para trabajar… ¿Tardarás mucho en volver al hotel?

—No lo sé. Quizás esté fuera todo el día.

—¡Oh, no! ¡Si has de estar fuera todo el día, quiero que me lleves contigo! ¡Y recuerda que me dijiste…!

—Está bien, está bien —rio Brodine, acariciando el espléndido cuerpo que se aplastaba contra el suyo—… Te llevaré conmigo si no te demoras demasiado. Me están esperando abajo.

—¡Me visto en un minuto! ¡Ni un segundo más, ya lo verás…! —Nora corrió hacia el armario, vibrando sus frescas carnes tersas, relucientes como de seda y oro—. ¿Adónde vamos a ir?

—Hacia el norte, bordeando el lago. No está muy lejos… Me han

asegurado que es un lugar encantador.

—¿Tienes coche?

—Claro que no. Pero la persona que me espera sí tiene, naturalmente.

—Ah… Bueno, lo decía porque yo alquilé anteayer un Land Rover, y pensé que podríamos ir en él.

—No hace falta, ese problema está resuelto. Está pasando el minuto…

—¡Ya voy, ya voy…! —rio la rubia.

Estuvo algo más de un minuto. No demasiado. Una blusa, unos *shorts*, unos cómodos zapatos deportivos… Agarró de pasada el maletín rojo con florecillas azules, corriendo hacia la puerta.

—¿Ya estás? —exclamó Brodine.

—¡Claro! ¿No lo ves?

—Pero… ni siquiera te has puesto sujetadores…

—¡No seas impertinente! ¿Acaso tratas de decir que los necesito?

—Claro que no —Brodine se acercó a Nora, la abrazó, y la besó en los labios, deslizando sus manos por el elástico cuerpo—… No necesitas ninguna clase de ayuda para que tu cuerpo sea tan hermoso… Eres la mujer… más extraordinaria que he conocido en mi vida, Nora.

—No seas tonto —susurró ella—… Soy solo una mujer, y me conformo con que lo veas y lo pienses así. ¿Nos vamos?

Preston Brodine la volvió a besar. Luego, en silencio, salieron de la habitación.

Dos minutos más tarde caminaban hacia el coche estacionado frente al hotel y junto al cual estaba el árabe de la barba grisácea: Kafur Al Din, el hombre de confianza del misterioso Hassan Kamaralzaman.

Cuando llegaron ante él, Kafur miró interrogante a Brodine, que sonrió y pasó un brazo por la cintura de Nora.

—Le presento a la señorita Tisdale, Kafur. Espero que no le moleste que nos acompañe.

Kafur sonrió ampliamente.

—Me sorprendería mucho que a mi señor le desagradase la presencia de una mujer tan hermosa, señor Brodine. Por mí, cuando gusten.

Riendo, Nora y Preston entraron en el negro coche,

acomodándose en el asiento de atrás. Kafur pasó al volante, y partieron inmediatamente. Poco después, dejaban atrás Bahar Dar, refulgiendo sus blancas casas al sol. A la izquierda, el lago Tana, centelleante; el sol, todavía no muy alto, incidía en las aguas de modo que sus reflejos parecían llamaradas.

Dentro del coche, Nora se tomó de una mano de Brodine, lo miró sonriente, y volvió a mirar las aguas del lago. No se apartaron mucho de la orilla durante el viaje, que terminó apenas media hora más tarde. Para entonces, sí se habían apartado de la orilla, pero no más de quinientos o seiscientos metros.

El coche se detuvo delante de una entrada en forma de arco, que sorprendió a Nora Tisdale. Estaba el gran arco, blanco y rojo, y nada más.

A derecha e izquierda, no había verjas, ni siquiera alambres de espino, o un simple valla… Nada. Solamente unos grandes mojones de piedra pintada de blanco, que parecían delimitar el contorno de la propiedad.

—Ya hemos llegado —dijo Kafur, volviéndose.

—¿Llegado? —exclamó Nora—. ¿Adónde? ¡No veo ninguna casa!

—La casa está un kilómetro más arriba —señaló Kafur—, entre los árboles.

—Pero… ¡si ni siquiera hay camino para ir con el coche! —Nora miraba atónita más allá del arco de entrada—. ¿Vamos a tener que ir a pie por ahí?

—No se preocupe —rio el árabe—: todo se arreglará. Vamos.

Dejaron el coche allí, cruzaron el arco de entrada, y caminaron unos treinta metros. Allí, aguardaba otra sorpresa a Nora Tisdale. Se quedó mirando, en verdad sorprendida, la hilera de pequeños coches estacionados a la sombra de unos árboles. Inmediatamente, le recordaron los pequeños vehículos que se utilizan en los campos de golf. Kafur, que la miraba sonriente, los señaló.

—Una idea de mi señor. Esto es un retiro para él, un lugar de reposo absoluto… Está muy cansado de todo lo que recuerde el petróleo, los motores, los pozos de explotación…, cualquier clase de ruido. Así que adquirió esos cochecitos, fabricados expresamente para él. Son eléctricos, no hacen el menor ruido. Todos los visitantes deben dejar sus coches ahí fuera, y utilizar los cochecitos

para llegar a la casa. O, si lo prefieren, sus propias piernas, lo cual es todavía más sano.

—Me… me parece una buena idea… ¡Oh, sí! —exclamó de pronto, encantada—. ¡Qué divertido es todo esto!

—Los coches son para dos personas, de modo que usted y el señor Brodine pueden ir en uno, y yo iré en otro, delante, para guiarles por los estrechos caminos. Muchas personas se perderían por aquí, pues en ocasiones se viaja sobre roca, y la marca de las ruedas deja de ser visible. ¿Dispuestos?

—Sí, sí… ¡Preston, déjame conducir a mí! ¡Por favor!

—Claro que sí —sonrió Brodine.

Emitiendo deliciosos grititos de alegría, Nora corrió hacia uno de los cochecitos, y se colocó ante el volante… Enseguida, volvió la cabeza hacia Kafur.

—¿Y las llaves?

—No hay llaves. Solo tiene que apretar ese pequeño botón rojo que hay a la derecha del volante, y el coche se pone en marcha. Es todo muy sencillo, muy simplificado.

Brodine se había sentado ya junto a Nora, que vio el botón y lo oprimió.

Se oyó un levísimo zumbido al ponerse en marcha el motor eléctrico. Un instante más tarde, el cochecito saltaba hacia delante.

Nora comenzó a lanzar grititos de alegría, que mezclaba con algunos de sobresalto cuando, en los primeros metros de recorridos el cochecito parecía que fuese a escapar a su control. Pero se hizo con él muy pronto, con gran habilidad. Sonriendo, Kafur la adelantó, y fue guiando la pequeña comitiva hacia el interior de la espesura, por entre la cual, efectivamente, de ninguna manera podría haber circulado un coche de tamaño normal.

Había estrechos caminos entre rocas, por encima de las cuales pasaron varias veces, y por entre árboles y arbustos…

—¡Esto es divertidísimo! —gritó Nora.

Brodine la miró, sonriendo afectuosamente. Era un día diáfano, de intenso sol pese a lo temprano de la hora. No había una sola nube.

Y, sin embargo, de pronto, Nora quedó por un instante manchada de sombra. Sorprendida, miró hacia el cielo…, y se quedó con la boca abierta, contemplando aquella hermosa águila

negra, que volaba como suspendida, con una majestuosidad impresionante… Pero no. No había una sola águila, sino dos… No. Había más… Nora detuvo el coche y se quedó mirando la bandada de águilas. Había seis exactamente…, pero llegaba otra, como una mancha blanca al sol.

—Santo cielo… —murmuró Nora.

Kafur, que había detenido el coche a pocos metros delante de ella, se volvió, sonriente.

—Son las águilas de mi señor —explicó—. No tema nada, ya que la blanca viene con ellas Su nombre es *Scherezade*.

En verdad atónita, Nora estuvo contemplando las águilas, en especial la blanca. Era la más grande, la más impresionante de todas… Las siete fieras del espacio los sobrevolaron, a menos de cinco metros, describiendo lentos y amplios círculos. El silencio era terrible. Una de las águilas pasó en determinado momento a menos de dos metros de las cabezas de Nora y Preston. Este se hallaba un poco pálido, inmóvil, tenso, mirando con expresión casi desorbitada a las temibles aves depredadoras.

—Será mejor que sigamos —dijo Kafur. Nora desvió la mirada hacia Brodine.

—Qué impresionante —murmuró—… ¿Para qué quiere las águilas el dueño de todo esto, Preston?

—Las prefiere a los perros guardianes, eso es todo.

—Oh, Dios mío… ¿Quieres decir que esos animales están… vigilando la propiedad?

—Exactamente.

Nora volvió a mirar hacia las águilas. ¡Qué hermosa era la blanca, la llamada *Scherezade*! Kafur, que había reanudado la marcha, se detuvo de nuevo, y se quedó mirándolos, con cierta impaciencia. Nora consiguió salir de su asombro, y partió en pos del árabe. Por encima de ellos, como custodiándolos, las águilas seguían describiendo amplios círculos, bajo el sol, en un silencio increíble.

Y de este modo, llegaron finalmente ante la casa. Una gran casa de blancas paredes y tejado de color tierra, con amplios porches en arco. Kafur detuvo su cochecito, y Nora lo hizo también segundos más tarde. Un criado apareció del interior de la casa, saltó al cochecito de Kafur, y se lo llevó hacia la sombra de unos árboles

cercanos.

—Vamos —dijo Kafur, señalando hacia el interior de la casa—: mi señor nos está esperando.

6

Los suelos eran de azulejos, en las paredes habían hermosos tapices, en algunas salas había un surtidor rodeado de flores. El rumor del agua era como sedante música. En algunos rincones se veían almohadones de hermosos y coloridos tejidos de Damasco, y de seda… Pasaron por delante de una estancia cuya puerta estaba cerrada, y ante la cual había dos gigantescos árabes de cabeza rapada, desnudos de cintura para arriba, cruzados los brazos sobre el colosal pecho. A través de la puerta llegaban voces y risas de mujeres.

—Pero… ¿dónde estamos? —cuchicheó Nora, agarrándose a un brazo de Brodine.

—Es la primera vez que vengo aquí —susurró él—. Para mí todo es tan nuevo como para ti.

—Parece… una película de Las Mil y Una Noches. ¿Has oído voces de mujeres o yo lo he soñado?

—Las he oído —sonrió Brodine—. Está claro que a mi cliente no le gusta el aislamiento… total.

—¡Tiene un harén!

—Debe de ser un hombre muy fuerte. —Se miraron, y se echaron a reír.

Llegaron ante otra puerta, donde también había dos gigantes árabes, uno a cada lado, igualmente rapadas sus cabezas, desnudos los torsos, sobre los cuales cruzaban sus fornidos brazos. No parecía que llevasen encima arma alguna.

Kafur llamó a la puerta, la empujó, y entró, tras hacerles una seña para que esperasen. Reapareció un par de minutos más tarde, y les señaló el interior de aquella estancia. Todavía tomados del brazo, entraron… Enseguida vieron a Hassan Kamaralzaman. Estaba frente a la puerta, sentado sobre unos almohadones, con las piernas cruzadas. Muy cerca del ventanal en forma de arco, de espaldas a

este, de momento solo pudieron ver su, silueta, a unos diez metros. Tras él, el cielo azul, el resplandor del sol sobre los altos árboles de la insólita propiedad. Con Hassan Kamaralzaman (si es que era él, pensó Nora), había dos hombres, también vestidos con ropas árabes, pero de pie, uno a cada lado del que estaba sentado.

Este se puso en pie cuando Nora y Brodine estuvieron muy cerca, y Nora quedó verdaderamente pasmada.

Aquel hombre medía no menos de dos metros. Enorme, fuerte, ataviado con elegantísimas ropas, llenas sus manos de sortijas, un collar ante la seda que cubría su pecho, sueltos los largos cabellos negrísimos. Su rostro parecía de cobre, su boca era grande y hermosa, sus ojos negrísimos. Una densa barba rizada adornaba su barbilla. Su perfil era lo más parecido al de las águilas que Nora Tisdale había visto sobrevolándolos mientras viajaban hacia la casa.

—Sean bien venidos —dijo en perfecto inglés—. Espero que no les haya ocasionado demasiadas molestias venir hasta aquí.

—Ninguna —murmuró Brodine.

—Al contrario —sonrió Nora—. ¡Ha sido divertidísimo!

La negra mirada del árabe pareció querer perforar los ojos de Nora Tisdale. Kafur se adelantó un paso.

—El señor Brodine y la señorita Tisdale —presentó—… Les presento a mi señor, Hassan Kamaralzaman.

Este se limitó a efectuar una inclinación de cabeza. Luego, señaló los almohadones.

—Espero que no les resulte incómodo sentarse en los almohadones. Naturalmente, si lo desean, traerán sillas.

—¡Claro que no! —exclamó Nora.

Se acercó, se sentó sobre unos almohadones, y se quedó mirando a Kamaralzaman, que la contemplaba con el ceño fruncido. Nora miro a Brodine, a Kafur… De pronto, comprendió. Se puso en pie, y se quedó mirando de nuevo a Kamaralzaman, que ahora sonreía. Señaló a uno y otro hombre a su derecha e izquierda.

—Ellos son Sett Al Barmaki y Giafar Badreddin, mis consejeros preferidos junto con Kafur. ¿Desean tomar café, quizá?

Nora y Preston asintieron, en silencio. Kamaralzaman miró a Kafur, que se dirigió hacia la puerta. Luego, se sentó, y miró con irónica expresión a Nora, que lo hizo entonces. Brodine se sentó cerca de ella, los dos mirando al interesantísimo Hassan

Kamaralzaman.

—No le esperábamos acompañado, señor Brodine —dijo Hassan.

—No he venido acompañado a Bahar Dar. La verdad es que la señorita Tisdale es… un afortunado hallazgo inesperado. La conocí ayer en el hotel, eso es todo.

—Ah. En efecto, se diría que es usted un hombre afortunado: la señorita Tisdale es muy hermosa.

—Gracias —sonrió Nora—… Usted también es un hombre muy interesante, señor Kamaralzaman.

—Muy agradecido. ¿Ha visto mis águilas?

—Oh, sí… ¡Son preciosas!

Hassan sonrió. De su cuello, pendiente del collar, colgaba un silbato, que se llevó a los labios. Sopló en él, pero no se oyó nada. Nora Tisdale le miraba expectante, pero su atención se desvió pronto hacia las grandes ventanas en forma de arco, donde acababa de aparecer la sombra. El águila entró majestuosamente en el aposento, describió un círculo, y fue a posarse sobre el antebrazo izquierdo de Kamaralzaman, con exquisito cuidado, tendidas sus alas de casi dos metros de envergadura. Las plegó y se quedó mirando fijamente a su amo, con ojos terribles, asombrosamente inteligentes. Kamaralzaman habló en árabe, y *Scherezade* volvió la cabeza hacia los invitados, con un gesto elegante y altivo.

—Acabo de presentarles a *Scherezade* —dijo Hassan—. Ella los reconocerá siempre a partir de ahora. ¿No es un hermoso animal, señorita Tisdale?

—Hermoso es poco —murmuró la bella rubia—… Es magníficamente impresionante. ¿De verdad es blanca o… está teñida?

Por un instante, el ceño de Hassan se frunció. Pero dijo, amablemente:

—No hay ninguna imitación en cuanto concierna a la vida de Hassan Kamaralzaman, señorita Tisdale. Posiblemente, *Scherezade* es la única águila blanca del mundo. Y naturalmente, es mía. Es más dócil y más inteligente que cualquiera de mis mujeres.

—Debe de quererla usted mucho.

—¿Quererla? —Pareció sorprenderse Kamaralzaman—. Sí, supongo que esa es la palabra. *Scherezade* y yo somos… mucho más que amigos, mucho más que amantes. Observe esto.

De nuevo se dirigió Kamaralzaman en árabe al águila. Esta extendió sus enormes alas, y se alzó, como si no hiciese nada. Describió un círculo por el gran aposento, lentamente, y quedó luego suspendida frente a Kamaralzaman; talmente como si estuviese suspendida, emitiendo un agudo chillido, algo como ¡Híiiiícccc-hiiicccc! Kamaralzaman movió la mano en círculo, y *Scherezade* volvió a volar, evolucionando siempre majestuosamente. Hassan chascó dos dedos, tendió el brazo izquierdo, y el águila fue a posarse en él, quedándose inmóvil, fijos sus hermosos ojos en los de su amo.

—Es asombroso —pudo exclamar por fin Nora—... ¡Me gustaría muchísimo tener un animal así!

—No es fácil, francamente —rio Hassan—. Además, para tener águilas es necesario disponer de un lugar adecuado, como este, o parecido. No me parece factible tener animales como estos en Paris, por ejemplo.

—Pues no —admitió sonriendo Nora—. Pero...

La puerta se abrió, y apareció Kafur, acompañado de cuatro criados, cada uno de los cuales llevaba una bandeja. Tres de ellas estaban cubiertas por una alta tapadera de plata. La otra contenía a la vista el servicio de café, cuyo aroma llegó enseguida al olfato de los invitados.

—Espero que les guste mi café —sonrió Kamaralzaman—; naturalmente, es el mejor café del mundo. Y parece que Kafur, siempre tan inteligente y atento trae algo para acompañarlo.

El criado que portaba el café se detuvo delante de Hassan, que pasó la mano por encima de la cafetera, con elegantes gestos, para echar hacia su hermoso rostro el perfume. Hizo un gesto de aprobación, y el criado le sirvió a él en primer lugar. Kamaralzaman probó el café, asintió, y señaló hacia sus invitados, murmurando algo en árabe. Nora y Brodine recibían segundos después su café, así como los tres hombres de confianza de Kamaralzaman. Bebieron en silencio. *Scherezade* había ladeado la cabeza, y contemplaba a su amo, que de pronto sonrió, y le alargó la taza. El águila metió el pico en ella, y luego alzó la cabeza, para tragar el café. Nora la contemplaba boquiabierta.

—Admirable, ¿no es cierto? —rio Kamaralzaman—. ¡Como usted comprenderá, mi *Scherezade* se merece siempre lo mejor!

—Cuando cuente esto en Londres nadie va a creerme —exclamó Nora.

—La gente está a un nivel de inteligencia muy bajo. ¿Cómo podría mentir una persona tan encantadora como usted? Oh, me estaba olvidando de mostrarle lo que el buen Kafur ha traído para amenizar la reunión… ¿Kafur?

Kafur inclinó la cabeza, y les hizo una seña a los otros tres criados. Estos se adelantaron hacia Nora, se inclinaron ante ella, y, a la vez, alzaron las semiesféricas tapaderas que cubrían su bandeja, mostrando el contenido de estas a la rubia.

Nora Tisdale lanzó un alarido, y se puso en pie, lívida, con los ojos muy abiertos. Junto a ella, Brodine experimentó no menos espanto, derramando también su café sobre los lujosos almohadones, y se quedó mirando con ojos desorbitados las cabezas que había en las bandejas.

Una cabeza en cada bandeja.

—Dios mío… —jadeó Brodine.

Nora Tisdale tragó saliva, cerró un instante los ojos, y luego volvió a mirar aquellos rostros vueltos hacia ella. Era una visión espantosa, alucinante. Era lo último que habría esperado ver en las bandejas: las cabezas de los agentes israelitas A, B y C. Era algo atroz, bestial, espeluznante.

Cuando por fin pudo volver a mirar a Hassan Kamaralzaman, este contemplaba amorosamente a *Scherezade*, que continuaba bebiendo café de la taza de su amo. Kamaralzaman la miró, y sonrió.

—Me parece que he conseguido impresionarla, señorita Tisdale.

—Pero… ¿qué es esto? —Casi gritó Brodine—. ¡Por el amor de…!

—Por el amor de Alá —intercaló rápidamente Kamaralzaman—… ¿No sabe usted lo que es esto, señor Brodine? Pues, son tres cabezas que han sido cortadas de sus respectivos cuerpos de hombre. Son tres cabezas cuya presencia aquí nos garantiza una cierta seguridad para terminar nuestro negocio.

—¿Qué… que quiere decir?

—Pertenecen a tres agentes secretos israelitas… que ayer estuvieron departiendo con la señorita Tisdale. ¿No es cierto, señorita Tisdale?

—¡Usted está loco! —Saltó Brodine—. ¡Nora no…!

—Veamos, señor Brodine, veamos… Esto no es ningún juego. Nosotros estamos realizando un negocio de lo más importante, así que no me ha sorprendido demasiado la presencia de agentes israelitas cerca de mí. Ignoro hasta qué punto ha llegado ese control sobre nosotros, pero sé que a partir del momento en que Kafur regresó a Bahar Dar desde los Estados Unidos, ha estado vigilado. Ayer por la tarde habíamos decidido ya solventar este asunto, ya que la llegada de usted nos impulsaba a no soportarlo más. Cuando Kafur fue a verle al hotel, le estaban vigilando Pero, al mismo tiempo, algunos de mis hombres vigilaban a quien vigilaba a Kafur. Cuando este, después de hablar con usted, regresó aquí, ya no fue seguido por el hombre, sino que este fue a una casa de Dahar Dar. De esa casa, minutos después, salió la señorita Tisdale, que naturalmente había sido vista conversando con usted. Esto causó una cierta sorpresa, incluso desconcierto, pues llegamos a pensar que usted estaba… llevando a cabo algún extraño juego. Pero, antes de molestarle a usted, decidimos enterarnos de lo que sucedía por otro conducto. Así que mis hombres entraron en aquella casa y cazaron a los hombres que había en ella, y los trajeron aquí. Ahora, sabemos que usted está jugando limpio con nosotros…, y que la señorita Tisdale no está jugando limpio con usted… ¿Es esto exacto, señorita Tisdale?

—Sí —murmuró Nora.

—¡Pero…! —empezó a gritar Brodine.

Kamaralzaman le hizo un gesto imperioso de silencio.

—Sobre todo, no perdamos la compostura. Acepte los hechos, señor Brodine: esta mujer se ha estado burlando de usted. Es una espía. Una agente secreto… Del MI6 británico, según he entendido. ¿Es así, señorita Tisdale?

—Sí.

—Muy bien. Puesto que sus colegas israelitas me contaron toda su negociación, no voy a insistir sobre ese punto, pero sí voy a insistir sobre un punto que ellos no veían muy claro: ¿cómo consiguió usted la pista del señor Brodine?

Nora Tisdale desvió la mirada hacia las cabezas que descansaban en las bandejas de plata, y luego cerró los ojos. Una vez más, tenía que arrepentirse de no haber recurrido a los agentes de la CIA, a sus

Simones destinados en el lugar de la acción. Si al llegar a Addis Abeba hubiese solicitado su colaboración, quizá las cosas habrían ido de otro modo. Pero ya estaban así, y no podía cambiarlas. Siempre sola…, para bien o para mal.

—¿Se encuentra usted mal? —Oyó la voz de Kamaralzaman. Abrió los ojos, y movió la cabeza.

—No —susurró—… Puedo soportar esto.

—Admirable. Sí, parece que tiene usted más… presencia de ánimo que el señor Brodine. Pero, claro, esto debe de ser lógico en una espía. Repetiré la pregunta, señorita Tisdale: ¿cómo con…?

—No le diré nada —cortó Nora.

Kamaralzaman se quedó mirándola estupefacto. De pronto, soltó una carcajada. Movió el brazo, y el águila salió volando… El gigantesco árabe se puso en pie, tomó de un brazo a Nora, y la llevó hacia el ventanal…, por el que salió con pausado vuelo *Scherezade*. Kamaralzaman señaló hacia la puerta de la casa. Luego, dio un silbido agudísimo, y volvió a mirar a Nora.

—Observe esto y luego hablaremos.

Nora abrió la boca para decir algo, pero en aquel momento, el negro Ningo, el que había querido violarla la tarde anterior, salió corriendo de la casa. El colaborador de los israelitas parecía hallarse en muy mal estado, pero corría, corría, corría… De cuando en cuando volvía la cabeza hacia la casa, y Nora podía ver un desencajado rostro.

—Le han dicho que le concedían diez segundos de ventaja —habló de pronto Kamaralzaman—… Y el pobre negro debe de creer que con eso tiene suficiente para salir de los límites de mi propiedad, que está bien delimitada por mojones blancos. Lo que no sabe el negro es que toda persona desconocida que sea vista por mis águilas dentro de los límites de esos mojones será atacada.

Nora estaba mirando ya las águilas, que habían aparecido, sobrevolando lentamente a Ningo, que por fin se había dado cuenta, y había mirado hacia el cielo…, desde el cual descendían ya las águilas.

—No —murmuró Nora—… No, no, no…

Las águilas cayeron sobre Ningo, que intentó apartarlas a manotazos. Hubo un tremendo revuelo de negras alas, y trozos de carne y chorros de sangre comenzaron a saltar hacia todos lados,

brillando al sol de la mañana. Durante unos segundos, se oyeron los alaridos de Ningo. Muy pocos segundos… Luego, todo fue un montón de negros cuerpos sobre sus restos, terminando de despedazarlos, engulléndolos.

—Es… es espantoso… —jadeó Brodine, tras Hassan y Nora.

—Lo es, en efecto —se volvió Kamaralzaman—… Y eso es lo que va a sucederle a la señorita Tisdale si no nos pone al corriente de lo que podemos temer por parte del MI6 británico.

—No… ¡No podemos hacer eso con Nora…!

—Señor Brodine: ¿se da usted cuenta de que, según lo que la señorita Tisdale nos diga, ya no será posible llevar a cabo nuestro negocio, por lo menos aquí, en esta ocasión?

—Pero no… Ella no… no sabe nada… ¡Llegó al hotel dos días antes que yo, todo tiene que ser una casualidad!

—No sea ingenuo. Precisamente eso de que llegase antes que usted es lo que más me preocupa. Además, es indiscutiblemente cierto que estuvo con los agentes israelitas y con el negro, y de ahí podemos llegar sin dificultad a la conclusión de que hizo un pacto con ellos. Un pacto que ya me fue revelado por los israelitas: usted era la pieza más débil de la partida.

—¿Yo?

—Usted ha pasado la noche con esta mujer… ¿Cree que ha sido porque ella le ama? —rio Kamaralzaman.

Preston Brodine palideció, y miró a Nora… Pero no llegó a tiempo de mirarla bien. Justo en aquel momento, Nora Tisdale le empujaba, abriéndose paso hacia el interior de la sala. Brodine estuvo a punto de caer al suelo, gritando… Nora corría hacia donde había dejado su gracioso maletín, pero uno de los criados, indeciso, se interpuso en su camino. Un golpe de karate en el plexo solar derribó al hombre aparatosamente, deslizándose seguidamente por el suelo… Otros dos criados corrieron hacia Nora…

—¡No la matéis! —gritó Kamaralzaman.

La pregunta era: ¿habrían podido? El que llegó en primer lugar ante la rubia recibió un puntapié en los genitales que lo derribó como muerto. El otro cayó sobre Nora por detrás, sujetándole los brazos pegados al cuerpo, gritando al cuarto criado, que corría también hacia ella.

Nora Tisdale encogió y bajó el hombro izquierdo, librándose con

toda facilidad de lo que parecía una fortísima presa, y que solo abarcó ya su hombro derecho. Pero precisamente eso era lo malo… para el criado de Kamaralzaman: apuntalándolo en el hombro derecho, Nora asió su brazo derecho con la mano izquierda, sacó la cadera hacia la derecha, y se inclinó fuertemente hacia delante, tirando del brazo derecho del árabe…, que salió despedido en fortísimo *íppon seoi nage* de judo por encima de la rubia cabeza femenina, en dirección al cuarto criado que se acercaba. El encontronazo entre los dos hombres fue fortísimo, y uno de ellos cayó al suelo de cabeza y el otro de espaldas…, mientras Nora llegaba adonde estaba su maletín, lo asía, y corría hacia la puerta.

Giafar Badreddin se interpuso en su camino, encogido, tendidas las manos hacia ella… Un grito inarticulado brotó directamente del vientre de la espía, mientras sus piernas se distendían fortísimamente, elevando su cuerpo…

Tanto, que pasó volando por encima de Badreddin, para caer tras él y continuar corriendo hacia la puerta.

Dejando tras ella un asombradísimo grupo de hombres, la espía salió del aposento tras abrir con fuerte tirón la puerta, a ambos lados de la cual, afuera, continuaban los dos hercúleos árabes de rapazada cabeza, indecisos. Al ver aparecer a la rubia aún se desconcertaron más… Cuando entendieron lo que sucedía, cuando oyeron los gritos de su amo, la rubia corría ya alejándose allí a toda velocidad. Segundos más tarde pasaba frente a la puerta del harén, desde el cual, los otros dos musculosos criados, la contemplaron con asombro… Cuando aparecieron los otros, gritando, se unieron a ellos, en pos de la fugitiva.

Nora estaba ya fuera de la casa, y corría hacia donde un criado había llevado los cochecitos, a la sombra. Saltó a uno de ellos, apretó el botón rojo, y el motor se puso en marcha. En la puerta le la casa aparecieron los criados de Kamaralzaman, gritando… La mirada de Nora fue hacia el ventanal, y vio allí a Hassan. Los labios de la espía se apretaron, abrió el maletín, sacó rápidamente la pistolita de cachas de madreperla, apuntó un instante, y disparó…, justo en el momento en que Kamaralzaman comprendía, y se retiraba, gritando. La bala rebotó en un arco, y se perdió hacia el cielo, silbando…

La rubia condujo el cochecito con una mano, apuntando con la

otra su pistolita hacia los hombres, que se habían detenido. Disparó una vez, y uno de los criados de Kamaralzaman lanzó un aullido y cayó sentado primero y luego de espaldas. Los demás se apresuraron a desaparecer. Nora guardó la pistolita en el escote, y dedicó toda su atención a conducir. ¡Si pudiese llegar hasta donde había dejado el coche grande de Kafur Al Din!

Volvía repetidamente la cabeza, cubierto su rostro de sudor. Había frente a la casa varios cochecitos, de modo que no tendría nada de extraordinario que varios hombres la estuviesen persiguiendo, posiblemente después de haberse procurado armas… Pero no. No la perseguían… por superficie.

Al comprenderlo de pronto, lanzó un alarido, alzó la mirada, y, en efecto, vio a las águilas, flotando majestuosamente sobre ella. El sudoroso rostro de la espía quedó del color de la leche, al ver que una de las águilas iniciaba el descenso. Frenó en seco, alzó la pistolita, y disparó… Un montón de plumas revoloteó en el aire, y el cuerpo del águila cayó pesada y vertiginosamente hacia tierra. Las otras alzaron un poco más sus círculos de vuelo, y Nora reanudó la marcha, rebotando sobre las piedras, saliéndose del camino muchas veces, a punto de estrellarse contra los árboles…

Tras uno de los bruscos frenazos que se veía obligada a dar, alzó la mirada, y volvió a ver a las águilas. Ahora estaba también la hermosa *Scherezade*, reina del aire, espléndida en toda su envergadura. ¿Qué había dicho antes Kafur…? «No tema nada, ya que la blanca viene con ellas». ¿Significaba eso que cuando la blanca acompañaba a las otras, estas sabían que no debían atacar? Claro… Kamaralzaman la quería viva, y por eso había enviado también a *Scherezade*, para que las otras águilas no la atacasen.

Pero no. Parecía que esta vez estaba sucediendo todo lo contrario:

Scherezade estaba dirigiendo el ataque.

Por un instante, Nora quedó tan asombrada ante este hecho que no terminaba de creer, que estuvo a punto de perder el control del cochecito, que rebotó sobre una piedra y estuvo a punto de volcar. Aterrada, se dedicó unos segundos a controlar el cochecito, y luego volvió a mirar hacia arriba…, justo en el momento en que una enorme sombra se cernía sobre ella. Lanzó un grito, se encogió, y las garras de una de las águilas negras, cortantes como cuchillos

pasaron por encima de ella, casi tocándola.

Tras ella llegaba otra, exactamente igual que pequeños «cazas» en picado. Nora desvió bruscamente la dirección del cochecito eléctrico, y de nuevo las garras pasaron muy cerca de ella. No… No querían matarla. Solamente derribar el cochecito. Arriba, volando siempre majestuosamente, *Scherezade* emitía su grito, su agudo ¡Híiicccc…!, sus órdenes de ataque.

¿Era posible esto? Todavía esquivó Nora otro ataque aéreo. Se detuvo acto seguido, sacó la pistolita, y apuntó hacia *Scherezade*. Tenía el rostro demudado, cubierto de sudor, los ojos desorbitados…, pero su mano se mantuvo firme, como si fuese de hierro. Cuando Nora Tisdale disparó, lo hizo con la firmeza y la seguridad de la más peligrosa espía del mundo, cuya puntería era legendaria en la CIA.

Plof, chascó la pistolita. ¡Híiiiccc…!, sonó allá arriba el grito.

Scherezade dio una vuelta en el aire, y se precipitó hacia el suelo. Todavía tendió las alas un par de veces, giró, evolucionó… pero continuó cayendo, hasta que desapareció de la vista de la espía internacional detrás de unos árboles. En dirección a la casa se oyeron gritos de hombres, y el crujido de los cochecitos pasando por encima de arbustos y rebotando sobre rocas. Nora volvió a poner en marcha el cochecito, siempre hacia donde había quedado el automóvil de Kafur Al Din…, pero otra águila descendió en picado, velocísimamente.

Nora Tisdale solo se dio cuenta de ello cuando la sombra estaba sobre ella. Se encogió de nuevo, pero ya era demasiado tarde. Recibió el golpe de una garra en la cabeza, lanzó un grito de espanto, se encogió más…, y el cochecito saltó sobre una roca, giró en el aire, y la agente Baby, su maletín y su pistolita salieron despedidos. La hermosa rubia cayó de espaldas sobre otra roca. Hubo en el interior de su cabeza como un centelleo de un millón de luces, y, acto seguido, llegó la oscuridad… bajo el radiante sol africano.

7

Se quedó mirando el blanco techo. Parpadeó, cerró los ojos, y permaneció así durante un par de minutos. Cuando volvió a abrir los ojos, la visión era más clara. El techo. Estaba rodeada de un silencio increíble, irreal.

Volvió la cabeza hacia donde estaba la zona de más resplandor en el aposento, esto es, hacia el ventanal. Estaba en el mismo sitio donde habían sido recibidos ella y Brodine por Hassan Kamaralzaman.

Había mucha gente allí, agrupados alrededor de algo. Todos silenciosos.

Se oyó de pronto rumor de agua, y un breve y débil chillido agudo. Por entre los hombres, uno de los cuales eras el gigantesco y apuesto Kamaralzaman, Nora distinguió la blanca mancha sobro los almohadones de vivos colores. El murmullo de una voz, en árabe, llegó hasta ella. Estaban curando a *Scherezade*, lo comprendió al fin. No había muerto, y ahora la estaban curando, olvidados de todo lo que no fuese la hermosa águila de Hassan Kamaralzaman.

Nora dedicó su atención a sí misma. Estaba en el suelo, pero no directamente sobre este, sino atada en cruz a dos palos cruzados, que se clavaban dolorosamente de modo especial en su espalda. Miró hacia sus manos, y vio las finas y solidísimas cuerdas que la sujetaban a los extremos de los palos. Y lo mismo los tobillos.

«Al menos, no he sido devorada por las águilas», pensó.

El irreal silencio era roto de cuando en cuando por algún murmullo de voces, siempre en árabe, o algún sonido procedente de *Scherezade*. Nora volvió a mirar hacia allí. Hassan Kamaralzaman se había sentado más cómodamente junto a su águila, de modo que ahora Nora podía verlos a los dos. Un árabe de avanzada edad, de barbita blanca, estaba dedicado por entero a *Scherezade*. El rostro del anciano estaba cubierto de sudor, y en sus manos Nora vio la

sangre del águila…

De pronto, se dio cuenta de que Kamaralzaman la estaba mirando, fijamente. Con una fijeza terrible, con una expresión de odio como jamás había visto otra Nora en su vida. El rostro de Kamaralzaman estaba casi tan blanco como las plumas de *Scherezade*, pero sus oscuros ojos, más negros que nunca, parecían hervir en llamaradas.

Brodine no estaba. Nora lo buscó con más atención entre el grupo de árabes, pero no, no estaba. Tampoco estaba allí Kafur Al Din.

Le dolía la cabeza, y todo el cuerpo. Se había dado un buen golpe al caer, desde luego. No recordaba más que había salido por el aire dando vueltas, y luego el chasquido de su cuerpo al caer de espaldas. Como en otras situaciones difíciles, Baby se concentró en sí misma, recurriendo al yoga. No importaba lo que sucediese a su alrededor, ella necesitaba recuperarse, recobrar su bienestar físico al máximo posible. La concentración mental fue surtiendo su efecto, acompañada de la profunda respiración adecuada. Lentamente, Nora Tisdale fue encontrándose mejor. Desapareció el intenso dolor de cabeza, dejaron de dolerle los ojos.

Por fin, los abrió. Y respingó al ver de pie junto a ella, gigantesco, como si su cabeza estuviese tocando el techo, a Hassan Kamaralzaman. Pero no estaba solo. Junto a él había dos de sus hombres, que sostenían el cuerpo de *Scherezade* alzado, cada uno por un ala, mostrándolo a la prisionera. La cabeza del bello animal pendía flojamente sobre el blanco y fino plumaje del pecho, donde se veía la infructuosa cura realizada por el médico árabe.

Scherezade había muerto.

Cuando volvió a mirar a Kamaralzaman, Nora se estremeció, de auténtico terror.

—*Scherezade* está volando ahora en el paraíso de Alá —dijo sosegadamente Kamaralzaman—… Me alegro por ella, pero habría preferido tenerla más tiempo conmigo, señorita Tisdale.

Nora volvió a estremecerse. Hassan hizo una seña, y sus hombres depositaron a *Scherezade* sobre unos almohadones, y se retiraron todos, en mohíno silencio. Kamaralzaman acercó un almohadón, y se sentó junto a Nora, con las piernas cruzadas.

—Durante todo este tiempo —musitó— he estado pensando qué

haría con usted si *Scherezade* moría. Por supuesto, matarla, pero… ¿cómo? ¿De qué modo apropiado? Y de pronto, he tenido la revelación, gracias a Alá.

Nora quiso hablar, poro tenía la boca tan seca que no brotó de ella palabra alguna. Hassan Kamaralzaman esperó en vano, fruncido el ceño. Por fin, prosiguió:

—Voy a insistir en preguntarle cómo consiguió usted la pista del señor Brodine; pista que le permitió adelantarlo en su viaje a Bahar Dar y esperarle allí. Puede negarse si quiere, pero no se lo aconsejo.

Baby tragó saliva, y murmuró:

—La conseguí en Washington…, por pura casualidad.

—¿Por casualidad? —Alzó las cejas Kamaralzaman.

—Sí. Estábamos en una embajada, y… —Hassan parecía no oírla. Tenía la mirada ausente, el rostro inexpresivo. No la interrumpió ni una sola vez. Solo después de que hubo pasado casi un minuto desde que Nora terminó de hablar, preguntó:

—Entonces ¿es usted americana?

—Sí. Trabajo para la CIA. Y en estos momentos tres docenas de hombres están esperando mis instrucciones. Si estas no llegan, saben muy bien a qué atenerse con respecto a Preston Brodine.

—¿Esos hombres están en Bahar Dar?

—Sí.

—Bueno… Pronto sabremos si me dice la verdad, porque Brodine ha ido a Bahar Dar, acompañado de Kafur, para tramitar la última parte de nuestro negocio. Si el señor Brodine no regresa, entenderé que usted ha dicho la verdad. Pero si él y Kafur regresan, diciéndome que todo va bien, sabré que no dispone usted de tres docenas de hombres…, ni siquiera de uno. La verdad es que esto me sorprendería, pues no creo que una mujer sea tan loca como para meterse sola en un asunto como este, pero no haré nada hasta tener la certeza en un sentido u otro. Si no hay hombres de la CIA, todo será más fácil. Pero si hay, y nos atacan…, peor para ellos. Aunque usted haya matado a dos de mis águilas, todavía tengo sorprendentes recursos. No me preocupan unos cuantos agentes de la CIA.

—¿Para qué quiere usted las armas que pueda venderle Preston Brodine?

—¿Armas? Bien, no son propiamente armas… Quiero decir que

no son armas convencionales. De esa clase de armas puedo conseguir las que desee, con toda facilidad: ametralladoras, pistolas, morteros, bombas, incluso aviones… Tonterías. Eso ya no sirve realmente de nada, señorita Tisdale. Oh, pero su nombre no debe de ser Tisdale, ¿verdad?

—Sí, el nombre es auténtico.

—Ya. ¿Qué importa su nombre? ¿Armas, dice usted? Lo que yo le he comprado ya al señor Brodine es una bomba atómica.

—¡No!

—Sí. Espero que no la sorprenda que una fábrica de la envergadura de la del señor Brodine pueda producir bombas atómicas, aunque sea clandestinamente. Hace uno meses me reí mucho cuando leí en una revista americana que prácticamente cualquiera podía construir una bomba atómica en su domicilio. Se entiende, claro está, cualquiera que tuviese determinados conocimientos…, que, por lo visto, no son ni mucho menos imposibles de adquirir en su país. Pero, claro, a mí no me interesan bombas atómicas caseras, sino grandes bombas atómicas, y en una cantidad… conveniente. Por dinero, no quedará. Puedo pagarlas. Así que envié unos cuantos emisarios a Estados Unidos y, finalmente, Kafur hizo contacto y acuerdo con el señor Brodine, el cual me va a proporcionar una docena de bombas atómicas.

—Dios mío…

—Es una gran inversión de dinero, pero… valdrá la pena. No crea usted que pienso utilizar de inmediato esas bombas, no. Sabré esperar el momento preciso, manteniendo bien ocultas las bombas. Un silo, ¿comprende?: igual que están haciendo ustedes, y los rusos, y otros que son más hipócritas y no lo admiten.

—Pero… ¿para qué quiere usted esas bombas?

—En determinado momento, serán utilizadas. Ese momento será el adecuado, y a partir de la utilización de esas bombas, todo el mundo árabe quedará bajo mi dominio. Absolutamente todo: el Norte de África, Oriente Medio, parte de la India… La supongo lo bastante culta para que no sea necesario explicarle por dónde se extiende la religión musulmana, señorita Tisdale. En núcleos más o menos numerosos, se extiende prácticamente por toda África y por toda Asia. En su momento oportuno, todos los musulmanes del mundo me aclamarán como el elegido, El Águila Blanca de Alá. En

ese momento, tras la hecatombe que yo habré ocasionado a nuestros enemigos, con esas bombas atómicas, las fronteras efectivas del llamado Oriente Medio se expandirán, engullendo enormes cantidades de terreno, que quedarán todas bajo mi dominio, bajo mi mando. A partir de ese momento, El Águila Blanca de Alá controlará el mundo por medio del petróleo.

—Usted está loco… ¿Contra quién piensa utilizar esas bombas?

—Ah, tengo mis planes en ese sentido. Planes que han sido muy detenidamente estudiados. ¿Cree usted que pienso aplastar a los israelitas? No, no… ¿Para qué, si luego todo Israel quedará bajo mi dominio…, con lo cual aún les irá peor? ¿Cree usted que pienso atacar a supuestos enemigos de los árabes? Tampoco, tampoco… Las bombas serán utilizadas en determinadas zonas donde hay habitantes de religión musulmana pero que no me interesan demasiado. Así, haremos una… limpieza de personal, de mezclas de razas y de gentes. Y los que quedemos en el centro del auténtico mundo árabe seremos los líderes, los vengadores, y los… herederos de todo. El Águila Blanca de Alá, que se mostrará muy activa y eficaz, será proclamado rey de todos los reyes árabes. ¿Lo entiende?

—Sí. Pero no lo conseguirá.

—Es una lástima que usted no viva para verlo. Y no va a vivir porque ha matado a mi *Scherezade*. Ni siquiera se ha dado cuenta de lo que ha hecho, ¿verdad? ¡Ha matado el símbolo resplandeciente del Águila Blanca de Alá! ¿Se imagina usted el asombro, la admiración de los fieles creyentes cuando me vieran aparecer siempre montado en un caballo blanco, con un águila blanca en mi brazo? ¡Usted ha destruido todo un símbolo, señorita Tisdale! Quizá pueda esperar a tener otra águila blanca antes de poner en marcha mi plan, pero no me parece posible… ni conveniente. Usted, con un disparo de su pequeña pistola, ha destrozado uno de mis más hermosos sueños…, y ha matado a una querida amiga que llevaba conmigo varios años. Ha destrozado usted mi símbolo, mis sueños, ha matado a mi amiga… Por ello, morirá… adecuadamente.

—¿De qué modo moriré? —susurró Nora.

—¿Quiere saberlo? ¿Realmente?

—Sí… Sí.

—Bueno… En estos momentos, el señor Brodine ya debe de haberse puesto en contacto con unos hombres que tenía contratados

y que han traído la bomba atómica de muestra desde Estados Unidos a Addis Abeba. No ha sido fácil, ciertamente, pero según el señor Brodine, en ese aspecto no ha habido excesivas dificultades, ya que de haberlas habido, él se habría enterado enseguida. Por lo tanto, tenemos en Addis Abeba, desmontada en tres secciones, una bomba atómica que, en el momento oportuno, será trasladada aquí. El momento oportuno, será esta noche. Discreción ante todo. Tres aviones volarán desde Addis Abeba al lago Tana cargados con las tres secciones de la bomba de muestra. Al llegar sobre el lago Tana, unos mecanismos especiales harán aparecer unos flotadores hinchables de gran seguridad, de modo que los aviones se convertirán en hidroaviones y amerizarán en las aguas del lago. Desde allí, las piezas serán trasladas a esta casa, donde el personal contratado por el señor Brodine montará la bomba. Cuando la bomba esté montada, un avión especial que hace tiempo tengo dispuesto… en determinado lugar no muy lejos de aquí, emprenderá el vuelo, y llegará a un lugar que ya hemos habilitado para su aterrizaje. La bomba será cargada en ese avión, que emprenderá el vuelo hacia el centro de África. Más o menos, el punto donde se cruzan el meridiano veinte Este y el paralelo diez Norte…

—Esas coordinadas corresponden al sur de la República del Chad.

—Sí… Observo que tiene usted amplios conocimientos geográficos. En efecto, ese es el lugar elegido para lanzar la bomba atómica de prueba.

—¿Qué dice? —jadeó Nora, palideciendo.

—Sí… Vamos a dejar caer esa bomba, a fin de… convencernos de que el señor Brodine no está intentando bromear con nosotros. Eso aparte de que la explosión forma parte de mis planes iniciales: cuando caigan las otras bombas, en otros puntos, todos llegarán a conclusiones que a mí me interesan muchísimo. Le aseguro que es un plan perfectamente estudiado en todos sus puntos.

—No puede hacer eso… ¡Van a morir muchas personas en el Chad!

—Oh, no es una zona demasiado poblada, no se preocupe. Además, esas personas serán solamente las primeras víctimas que, inevitablemente, habrá que inmolar en beneficio de los planes del

Águila Blanca de Alá. Todo está estudiado, previsto y decidido… Y no debería preocuparse usted por nada, ya que a partir del momento en que esa bomba que estoy esperando caiga en el sur del Chad, todas sus inquietudes desaparecerán. ¿Sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque cuando la bomba sea lanzada desde mi avión, usted irá encadenada a ella, desnuda y despierta, plenamente consciente de lo que le estará sucediendo…, hasta que la bomba explote.

Nora Tisdale cerró los ojos. Se sentía fría por dentro, como congelada.

No solo por la muerte que le estaban describiendo, sino porque nada podría hacer para evitar que aquella bomba fuese lanzada. Claro que la CIA conocía perfectamente a Brodine, y este sería detenido en cuanto la ausencia de la agente Baby comenzase a causar inquietud… Pero, realmente, Brodine no significaba nada, por el simple hecho de que todos aquellos inconvenientes ya los había previsto ahora Hassan Kamaralzaman, al comprender que Brodine estaba bajo el punto de mira de la CIA.

¿Qué haría por tanto Hassan?

Pues, en cuanto tuviese la bomba que le estaba facilitando Brodine, mataría a este, para cortar toda pista hacia él. Y luego, seguiría adelante con sus planes, por el simple procedimiento de conseguir las bombas atómicas en otro lugar o de otra persona o fábrica.

Pero mientras tanto, habría lanzado sobre el Chad una bomba atómica… a la que iría encadenada la agente Baby.

Esta abrió los ojos, y su mirada chocó con la siempre fija, como perforante, de Hassan Kamaralzaman.

—Pero no todo va a ser tan simple para usted, señorita Tisdale —murmuró Hassan, como si hubiese estado siguiendo los pensamientos de la espía—… Morir en la explosión de una bomba atómica no debe de causar dolor alguno, debe de ser algo fulminante. Así que antes de que la encadenemos a esa bomba, yo me encargaré de que usted haya deseado miles de veces la muerte. Cuando su cuerpo sea encadenado a la bomba, no tendrá parecido alguno con el que esta noche ha entusiasmado, sin duda alguna, al señor Brodine. Y respecto a esa clase de cuestiones… ¿sabe que se me ha ocurrido que yo podría violarla? Pero no. Eso sería

demasiado honor para usted, señorita Tisdale…, aparte de que yo no utilizo mujeres que ya han sido poseídas por otros hombres. En cambio, mis criados, especialmente los que se turnan en custodiar a mis mujeres, estoy seguro de que no harán tantos remilgos. Usted mató a uno de ellos. Quedan tres. Se los voy a presentar.

Hassan Kamaralzaman batió palmas. La puerta del aposento se abrió, y entraron los tres hercúleos criados de la cabeza rapada. Esta vez no llevaban desnudo el torso, sino todo el cuerpo. La cabeza de Nora Tisdale giró velozmente hacia Kamaralzaman, que sonrió.

—Le presento a Ishak, Abu y Omar, tres fieles servidores que están muy enfadados con usted por haber matado a uno de sus compañeros, el pobre Khacan.

—No permita esto —jadeó Nora—… ¡No lo permita, por favor!

—No solo lo voy a permitir, sino que es mi intención presenciarlo. Usted, señorita Tisdale, no debió venir jamás a África.

Dio otra palmada, y los tres colosos se acercaron. Dos ellos asieron la ropa de Nora Tisdale, y la arrancaron rudamente, lanzando los jirones a todos lados, hasta que el bellísimo cuerpo quedó desnudo. Tan bello era que, por un instante, en los ojos de Hassan Kamaralzaman apareció la duda, y el deseo. Pero, de pronto, soltó un hondo gruñido, señaló a Nora Tisdale, y dio una orden…

8

—Nora… Nora…

Abrió los ojos, y se quedó mirando, con expresión apagada, a Preston Brodine, que la estaba contemplando con una expresión desencajada. Estaba lívido como un muerto.

—Nora, Nora, Nora…

—Hola, Preston —susurró la espía—… ¿Todavía estás vivo?

—¿Qué te han hecho…? ¡¿Qué te han hecho esos…?! —gimió Brodine.

—Tranquilízate —hablaba con débil voz Nora Tisdale—… No ha ocurrido realmente nada.

—¡Pero he sabido que…!

—Nada —insistió ella—… Nada de nada, por mucho que ellos piensen o digan. Ha sido solamente… un incidente físico. Esto… forma parte de los peligros a que me expongo siendo una agente de la CIA. ¿Te han dicho también eso?

—Sí… Sí, pero yo no…

—Preston, hazme un favor… Me están doliendo mucho los ojos, debido a las lentillas de contacto… Una de ellas se ha movido. Por favor, quítamelas.

Brodine parpadeó. Se inclinó más sobre Nora Tisdale, y entonces sí vio una de las lentillas algo ladeada. Lanzó una exclamación de asombro, y se quedó mirando a Nora como si fuese la primera vez que la veía. El hermoso cuerpo desnudo amarrado a los palos cruzados en forma de X resplandecía a la luz eléctrica procedente de los generadores instalados en la casa de El Águila Blanca de Alá.

—Por favor —insistió Nora—… Humedécete la punta de un dedo, y quítame las lentillas; me están haciendo daño…

Preston Brodine complació a la prisionera. Cuando aparecieron las azules pupilas, Brodine quedó como petrificado. En sus ojos brilló un destello que hizo sonreír desganadamente a Nora.

—Quítame también la peluca. Con cuidado.

De nuevo obedeció Brodine. Arrancó cuidadosamente la peluca, y se quedó mirando aquel rostro que se ofrecía ante él con tal claridad que…

—Brigitte Montfort —jadeó—… ¡Eres Brigitte Montfort, la periodista que…!

—Ahórrate asombros. Soy Brigitte Montfort, en efecto. Pero también soy la agente Baby de la CIA.

—¡No!

Brigitte apretó los labios, y suspiró profundamente. Durante unos segundos, los dos permanecieron silenciosos, Brodine como alucinado, contemplaba las hermosas pupilas azules, los largos cabellos negros, el espléndido cuerpo dorado… que había admirado y deseado aquella noche en la embajada de Muyang.

—¿Has oído hablar de mí, de Baby? —preguntó de pronto Brigitte.

—Sí… Sí, claro…

—Bien. Voy a hacerte una súplica y una advertencia. La súplica no es solo por mí, Preston: esa bomba atómica que va a llegar esta misma noche en tres aviones que amerizarán en el lago Tana, va a ser lanzada en el Chad… ¿Lo sabías?

Brodine se mordió los labios, y desvió la mirada.

—¡Lo sabías! —Exclamó Brigitte—. ¡Lo sabías, y a pesar de eso la has traído…! Está bien. La bomba va a ser lanzada, según parece en una zona no demasiado poblada, pero… no deshabitada. Esta es mi súplica, Preston: desátame y ayúdame a escapar, para evitar eso, no solo por mi vida, sino por las de esas personas.

—No… ¡No puedo hacerlo, no puedo!

—Entonces, te haré la advertencia: Hassan Kamaralzaman sabe que soy de la CIA, y que tú jamás podrás volver a Estados Unidos… Es más, te escondieses donde te escondieses, la CIA te encontraría. Eso lo sabe perfectamente Hassan, así que, en cuanto tenga la bomba, tú serás asesinado…

—¡No!

—Me sorprende que un miserable canalla como tú sea tan ingenuo —dijo fríamente la divina espía—… ¿Realmente crees que seguirás con vida después de esto? Para Hassan Kamaralzaman, tu vida solo significa un grave compromiso para él, ya que, muerta yo,

tú serías la única persona que podrías delatarlo. Y tú ya estás en la red de la CIA. ¿De verdad piensas que seguirás con vida… después de que las tres secciones de la bomba hayan llegado?

—Lo sabes todo… ¡Lo sabes todo!

—Lo sé porque Hassan me lo ha dicho. Ha sido… muy amable informándome de sus planes. Pero no lo habría hecho si no tuviese la certeza de que voy a morir…, como tú. Estamos perdiendo un tiempo precioso, Preston.

—Me estás mintiendo… ¡Solo quieres que te ayude a escapar! Si pensasen matarme, no confiarían en mí, no me habrían dejado venir solo a visitarte, me vigilarían…

—Entonces, te darías cuenta, y quizá todavía pudieses ordenar de algún modo a tus hombres que no trajesen la bomba al lago. Por eso, simulan tenerte la máxima confianza. ¿Querías ver a la prisionera? Oh, ninguna dificultad: eres el muy querido invitado de honor, así que puedes hacer lo que desees. Posiblemente, Kamaralzaman ha pensado que tú también querías violarme antes de que yo desaparezca, y se ha mostrado amablemente comprensivo con tus deseos… Eso es todo. Pero, en cuanto tenga la bomba, te cortarán el cuello.

Preston Brodine se dejó caer sentado junto a Brigitte, y se quedó mirando, como alucinado, el terso vientre de esta. La CIA estaba tras él… Brigitte Montfort debía de estar diciendo la verdad. Sí, quizá lo hubiesen estado vigilando incluso desde antes que él llegase al trato definitivo con Kafur Al Din en la recepción diplomática de la embajada de Muyang. ¡Claro que sí…! Le habían estado vigilando y dándole cuerda…, para que él solito, vigilado nada menos que por la famosa y mítica agente Baby, se fuese metiendo en la trampa, fuese descubriendo todos los aspectos de aquel asunto. Sí… Ella decía la verdad: la CIA le tenía en su red. Y si no… ¿qué hacía Cavanagh, uno de los más importantes hombres de la CIA, en la embajada? ¡Y estaba allí también nada menos que la agente Baby, a la que él había visto hablando con Cavanagh…!

Gotas de sudor comenzaron a aparecer copiosamente en la frente de Preston Brodine. Y una sola mirada de Brigitte le hizo comprender el estado de ánimo en el que se hallaba su compatriota.

—Desátame —susurró—… Podemos escapar los dos.

—No será posible… Hay muchos hombres de Hassan en esta

casa, más de los que piensas… ¡No podremos escapar!

—Si no lo intentamos, desde luego que no.

—Y están las águilas… Todavía le quedan cinco.

Brigitte Montfort frunció el ceño.

—Preston: las águilas pertenecen a la familia de las rapaces diurnas. De noche no vuelan, descansan, duermen. No debemos temer nada de las águilas. En cuanto a los hombres —la mirada de Brigitte se desvió hacia el montón de almohadones, donde estaba su maletín, olvidado—…, déjame que yo alcance mi maletín, y te aseguro que podremos ocuparnos debidamente de ellos.

Brodine se pasó las manos por la cara, y las retiró mojadas de sudor, denso, caliente. Su cabeza se volvió hacia la puerta del aposento, luego miró hacia el maletín rojo con florecillas azules…

—Vamos —instó Brigitte—… ¡Vamos, Preston, no tendremos ninguna otra oportunidad! ¡Haz lo que te digo! Ellos están pensando que me estás violando, que estás gozando de mi cuerpo…, pero pueden querer cerciorarse de ello. ¡Vamos, no dudes más!

La mirada de Brodine estaba fija en los ojos de Brigitte, que lo miraban fijamente. Como hipnotizado, Brodine asintió, y comenzó a soltar la mano derecha de la espía… En pocos segundos, la mano quedó libre.

—¡Desátame los pies! —exclamó Brigitte.

Mientras Brodine le soltaba los pies, ella desató su mano izquierda con la derecha. Por fin, se puso en pie…, para caer enseguida de rodillas. Brodine la asió de un brazo, la ayudó a ponerse en pie, y ella señaló hacia el maletín. Corrieron los dos hacia allí, y Brigitte se dejó caer de rodillas sobre los almohadones, asió el maletín con un gritito de alegría, y lo abrió…

Estaba vacío.

¡Estaba vacío! Incluso el doble fondo había sido arrancado, de modo que faltaba el dinero, su pasaporte de Lili Connors, el de Monica Lafrance, el de Galina Cherkova…

—¡¿Y ahora qué?! —exclamó Brodine.

Brigitte soltó el maletín, y se puso en pie.

Sabía que en muy poco tiempo sus tobillos recuperarían plenamente la circulación sanguínea, y que podría correr tanto como cualquier hombre, o más. Aunque fuese descalza.

—Vámonos —señaló hacia la ventana de arcos.

—¡Estás loca! ¡Si salimos de aquí sin armas no podremos escapar! ¡Nos matarán! ¡He sido un estúpido, no he debido…!

Brodine estaba tan asustado que ni siquiera se asombró cuando una mano de Brigitte le asió por la ropa fortísimamente, sacudiéndolo como a un niño.

—Podría matarte de un golpe —jadeó la espía—, pero no voy a hacerlo. Si no vienes conmigo, habrás firmado tu sentencia de muerte a manos de Kamaralzaman…, con lo que yo me habré ahorrado trabajo. Adiós, Preston Brodine.

Lo soltó, y corrió hacia la ventana. Brodine vaciló un instante, antes de echar a correr en pos de la desnuda espía. Saltó tras ella al exterior, y señaló las brillantes formas de los cochecitos eléctricos.

—¡Podemos…!

—¡No! De noche no podemos ver ningún camino, y solo conseguiríamos volcar, con riesgo de matarnos o de perder el conocimiento… Además, nos oirían… ¡Tenemos que escapar a pie! ¡Corre!

Brigitte comenzó a correr, alejándose de la casa, y Brodine partió tras ella… Y apenas habían recorrido una docena de metros cuando en la puerta de la casa sonó un grito, una advertencia, en árabe.

—¡Nos han visto! —Aulló Brodine—. ¡Nos han visto…!

—¡Calla y corre!

Pasaron corriendo cerca de los pequeños cochecitos eléctricos. Por un instante, Brigitte estuvo tentada de utilizar uno de ellos, pues la luna, casi en su plenitud, iluminaba lo suficiente para que pudiesen viajar en aquellos vehículos…, pero eso, en condiciones normales, no de persecución. Además, en efecto, con el cochecito estarían localizados en todo momento, debido al ruido que haría al cruzar por entre arbustos, rodar sobre piedras, romper ramas… No. Nada de utilizar un cochecito eléctrico.

Por detrás de ellos se oían voces, ahora muy nutridas. La de Hassan Kamaralzaman llegó en determinado momento, brevísimo pero con toda nitidez, a oídos de la espía internacional, cuyo rostro se crispó.

«Volveré a por ti… ¡Volveré a por ti, Águila Blanca de Alá!».

Por detrás de ellos comenzaron a oírse los cochecitos eléctricos, rebotando sobre piedras. Brodine lanzó un grito de sobresalto.

—¡Nos van a alcanzar con…!

—¡No! Están cometiendo un error —jadeó la espía—… Ya verás como los dejarán abandonados muy pronto…

—Vamos… vamos hacia donde Kafur dejó su coche, y…

—Todos irán hacia allá en primer lugar —negó Baby—… Así que nosotros no iremos.

—Pero…

—¡No es momento de discutir! ¡Haz lo que quieras, estúpido!

Pese a ir descalza, Brigitte iba por delante de Brodine, que tropezaba continuamente. La espía había perdido un zapato cuando volcó horas antes con el cochecito, y el otro no sabía dónde paraba tampoco. La noche era tibia, se olía a vegetación fresca… Encima, la luna iluminaba aquellos dos cuerpos que aparecían y desaparecían bajo las copas de los árboles. Por detrás de los fugitivos, los pequeños cochecitos eléctricos, efectivamente, hacían mucho ruido, y se oían exclamaciones de los hombres que los conducían… Se oyó un fuerte crujido, más gritos de hombres. El cuerpo de Brigitte relucía, cubierto de sudor. Pisándole los talones, Preston Brodine se quitó la chaqueta sin dejar de correr, y la tiró a un lado. Tenía la camisa pegada al cuerpo, sentía como si su pecho se estuviese desgarrando a punto de estallar.

—No… no puedo más… ¡No puedo… más!

Brigitte Montfort volvió la cabeza, pero no se molestó en contestar. Necesitaba todo su aliento para ella. Si Brodine perdía los ánimos, ¡allá él! Por otra parte, no habría perdido el aliento si hubiese estado en mejor forma física…

Por detrás de ellos ya no se oían los cochecitos, pero sí el rumor de arbustos, y Brigitte comprendió que ahora corrían más peligro que antes, sin lugar a dudas. Muy pronto, el rumor de los perseguidores se fue acercando.

Eran hombres fuertes, conocían mejor que ellos el terreno, y aunque se oían exclamaciones y golpes, la persecución continuaba, cada vez más de cerca…

¡Crack!, crujió de pronto una bala por encima de la cabeza de Brigitte.

Esta se encogió, y continuó corriendo, sin hacer caso de la asustada exclamación de Brodine. ¡Y pensar que ella había tenido la impresión de que en aquella casa no había armas de fuego…!

¡Crack, crack, crack…!

Parecía imposible que pudiesen continuar corriendo, y, naturalmente, si no les habían alcanzado ya era porque la fatiga también estaba haciendo mella en los perseguidores; si bien estos, que habían hecho parte del camino en los cochecitos, debían de estar más enteros, y de ahí que se fuesen acercando, acercando, acercando…

¡Crack, crack…!

Brigitte veía el rostro desencajado de Brodine, pero sabía que el de ella no estaba precisamente más atractivo. Estaba comenzando a perder el resuello. Dentro de poco, el dolor en el costado le impediría no ya solo correr, sino incluso respirar… De pronto, pasaron junto a uno de los mojones blancos.

¡Acababan de salir de los límites de la propiedad de Hassan Kamaralzaman!

Pero los hombres de este continuaron detrás, implacables. Por delante de ellos aparecieron las relucientes aguas del lago Tana, a unos trescientos metros…, quizá más. Imposible. Imposible llegar allí. Además, por el agua no podrían correr, así que los cazarían enseguida si se lanzaban al lago.

Brodine corría sujetándose el costado derecho con ambas manos, dando trompicones, desencajado completamente el rostro, desorbitados los ojos, sudando a chorros…

¡Crack, crack, crack, crack…!

—¡AUUUAAAGGG…! —Aulló Brodine.

Brigitte volvió la cabeza a tiempo de verle caer de bruces, como una masa muerta. Desvió ligeramente la marcha, se zambulló entre unos arbustos, y se quedó inmóvil. Es decir, todo lo inmóvil posible, ya que el cuerpo entero le latía de un modo terrible; sus pulmones estaban a punto de estallar, la cabeza le daba vueltas, no veía bien… Oyó las voces, la llegada de varios hombres. El corazón golpeaba en su pecho como si quisiera escapar, reventándolo todo. Su boca, angustiosamente abierta, aspiraba el aire con el menor ruido posible.

«Me voy a desmayar —pensó—… ¡Me voy a desmayar!».

Los hombres de Kamaralzaman estaban conversando agitadamente, también cansadísimos. El conciliábulo fue muy breve: el cuerpo de Brodine fue dejado allí, y los hombres

continuaron corriendo hacia la orilla del lago…, pasando dos de ellos a menos de un metro de la persona que creían que continuaba corriendo hacia el lago.

Medio minuto más tarde Brigitte Montfort salía de entre los arbustos, y se deslizaba hacia donde yacía Brodine. Se quedó mirando los desorbitados ojos de este, que había sido colocado boca arriba. Tocó un lado de su cuello, pese a que ya sabía que aquel era el rostro de la muerte. Una muerte espantosa, pues Preston Brodine quizás había muerto, más que por los efectos de un balazo en la espalda, reventado de tanto correr: su boca y todo su rostro estaba lleno de sangre.

«Ahora sí podría ir yo adonde está el coche de Kafur… Seguramente, me están buscando todos por la orilla del lago…».

¡Crack!, estalló el disparo.

La bala pasó rozando el costado de Brigitte, se hundió en el rostro de Brodine, reventándolo en más salpicaduras. Las voces de un hombre comenzaron a sonar, más cerca, mientras más balas salían en pos de la espía, que, parcialmente recuperada, reanudó la carrera… hacia el lago, inevitablemente, pues los hombres de Hassan Kamaralzaman lo habían previsto todo, al parecer… Mientras se acercaba corriendo al lago, vio aparecer a tres hombres por su derecha, y a otro numeroso grupo por su izquierda. Trotaban cansadamente, pero su objetivo estaba bien claro: querían acorralarla en la orilla del lago.

Y lo consiguieron pocos segundos después. Ya no disparaban, puesto que no había peligro alguno de que la mujer escapase, y en ese caso, bien claro lo había dicho su señor, la quería viva. La vieron caer al lago, por entre unas cañas que brotaban del fondo, y en pocos segundos llegaron a aquel lugar. Sabían que la mujer tendría que salir. Solo tendrían que agarrarla y llevarla de nuevo ante Hassan Kamaralzaman.

Pero tres minutos más tarde, la hermosa mujer blanca no había aparecido, y el sudoroso Omar, que tan buen recuerdo tenía de ella, dijo:

—Se ha ahogado… Volvamos a la casa.

9

—Listo —dijo Stowell—… Ya podemos parar los motores.

—*Okay* —dijo Markham, el copiloto.

El avión había amerizado sin novedad alguna, utilizando los flotadores hinchables que habían funcionado a la perfección. Algo más atrás, los otros dos aparatos habían realizado también sin novedad la maniobra. Ningún problema.

—Hey, chicos —habló Stowell por la radio—… ¿Todo bien?

—Todo bien —le contestaron desde los otros dos aparatos.

—Atentos a la costa. De un momento a otro aparecerán los árabes con la lancha y la balsa.

—¿Y si nos acercásemos más? —propuso Markham.

—¿Más de cien metros? ¿Para qué? De todos modos han de utilizar la balsa, así que aquí estamos bien. Abre la portezuela. Brodine vendrá con ellos, y querrá hablar con nosotros.

Markham abrió la portezuela de su lado. Sacó la cabeza, y miró hacia los otros dos aparatos, que parecían siluetas anaranjadas de luna sobre las aguas. Habían quedado formando un triángulo cuyos ángulos apenas distaban cincuenta metros uno de otro.

Perfecto. Brodine pagaba bien, así que había que prestar buenos servicios. Servicios de calidad…

—Me parece que allá viene la lancha —señaló Stowell.

Markham miró hacia la orilla, y de momento no vio nada. Pero enseguida sí distinguió la sombra más clara en la orilla del lago.

—De buena gana me fumaría un cigarrillo —farfulló.

—Tenemos mucho trabajo. Hay que descargar todo en la balsa, y luego… Stowell se calló, su rostro adoptó una expresión estupefacta, mirando por encima de Markham y un poco a su izquierda. Quedó boquiabierto, simplemente. Markham volvió la cabeza hacia su portezuela, y solo pudo entrever una figura reluciente que le pareció de mujer, delante mismo de él. Al mismo

tiempo, recibía en plena frente el tremendo *atemi* de judo que hizo crujir su frente, la partió, y lo llevó a la muerte instantánea.

Estaba Markham cayendo hacia su compañero cuando este reaccionó, emitiendo un grito y llevando la mano derecha hacia el sobaco izquierdo, bajo su cazadora de piel. La mujer desnuda que ahora estaba viendo perfectamente, adelantó hacia él, lanzando gotas de agua desde sus pechos, chorreando sus cabellos… La mano izquierda de la mujer chascó en el aire antes de impactar en una sien de Stowell, que emitió un gemido y saltó extrañamente hacia delante, quedando con la cara caída sobre el volante.

Markham fue registrado rápidamente, y privado de la pistola que llevaba también bajo su cazadora de piel. Se oyó el chasquido del cargador al ser colocado, tras veloz revisión, con seco golpe. Como si esto hubiera sido una señal, en la orilla comenzó a oírse el zumbido del motor de la lancha, que comenzó a navegar hacia el más cercano aparato, arrastrando la balsa, en la que iban todos los hombres de Hassan Kamaralzaman, dispuestos a ayudar a la descarga y traslado de las secciones de la bomba atómica que llegaban en los tres aviones.

Con la pistola de Markham en la mano derecha, Brigitte Baby Montfort se asomó por la portezuela del avión. Calculó la distancia, asintió, y apuntó hacia uno de los flotadores del avión que estaba a la izquierda del que ocupaba ella…

¡Crack! ¡Crack!

Era como tirar al blanco, para la agente Baby. Primero uno y luego el otro, los dos flotadores reventaron bajo los impactos de las balas, y el avión cayó a peso sobre el agua, salpicando a todos lados. Podría hundirse o no, pero lo seguro era que no despegaría…

Cruzó la carlinga, y se asomó por la otra portezuela, por encima de Stowell. Apuntó hacia el otro aparato, y disparó de nuevo dos veces…, con idéntico resultado. Resultado inicial, ya que el segundo aparato, en lugar de quedar flotando, como el otro de momento, comenzó a hundirse rápidamente.

Por encima del rugir del motor de la lancha llegaban ahora los gritos de los hombres que viajaban en ella y en la remolcada balsa. Impávido el rostro, Brigitte apartó a Stowell, se colocó ante los mandos, y dio el encendido. El avión comenzó a trepidar con suavidad, perfecto, todo a punto, sin fallo. Material de primerísima

calidad. Los flotadores comenzaron a dejar la doble línea paralela de espuma…

La lancha seguía acercándose, a marcha moderada. No valía la pena acelerar los motores para recorrer poco más de cien metros… En la lancha, los hombres que la ocupaban vieron cómo el avión se encaraba a ellos, y seguía deslizándose sobre las aguas teñidas de anaranjada luz de luna, acudiendo a su encuentro… Todo había sido tan rápido que una confusión sucedía a otra. Aún no habían comprendido lo que había ocurrirlo con el avión cuyos flotadores habían reventado, cuando el otro comenzaba a hundirse tras sucederle lo mismo…

Y aún no habían comprendido esto último cuando veían al tercer hidroavión deslizándose directo hacia ellos, a su encuentro.

—Pero… —empezó a decir el árabe que pilotaba la lancha.

Decidió que más que mostrar asombro era mejor desviarla para evitar el encontronazo. Movió el volante, y la lancha viró hacia estribor. Bueno, con esto evitarían que…

—¡Eh! —chilló el árabe que iba junto al que pilotaba la lancha —. ¡Maldito sea el hijo de…!

El avión también había desviado su ruta, y convergía de nuevo hacia la lancha. Hubo un nuevo desvío de esta, pero de nuevo el avión convertido en hidroavión le fue a la caza. En la balsa, los hombres que la ocupaban se habían tendido para evitar ser despedidos por los bruscos virajes que parecían lanzar la balsa de un lado a otro, y tiraban fuerte y bruscamente de ella a cada cambio de rumbo…

—¡Hijo de perra, ¿no ves que…?!

Los dos hombres de la lancha vieron saltar al agua aquella figura. Fue como un breve relámpago, pero ambos la reconocieron… Un instante después, y ya sin poder hacer nada, habían olvidado completamente a aquella mujer, y contemplaban con expresión desorbitada, ya sin poder hacer nada, el hidroavión que navegaba hacia ellos impetuosamente.

—¡NNNOOOOOO…!

* * *

El estampido llegó, un tanto amortiguado, pero claramente, a El

Oasis. Y ya con anterioridad, por el amplio arco del ventanal, se vio el resplandor ocasionado por la combustión de los depósitos de la lancha y del avión. Al verlo por la ventana, Hassan Kamaralzaman se había puesto en pie de un salto, casi derribando a dos de sus mujeres, que le estaban haciendo cariñitos. El sonido de la explosión, viajando a trescientos treinta y tantos metros por segundo, tardó cuatro aproximadamente en llegar a oídos le Kamaralzaman, cuando todavía este contemplaba, crispado el rostro, el rojo resplandor, que se desvaneció en intensidad, quedando solo un reflejo que pareció incendiar aún más la luna…

—¿Qué ha sido eso, mi señor? —preguntó Daniazada, la dulce.

—¡Qué estruendo tan horroroso! —exclamó Maimuna.

—¿Te has sobresaltado, mi señor? —se interesó cariñosamente Yamlika.

Si Hassan Kamaralzaman se hubiese quedado allí, seguramente todas sus mujeres, una a una, le habrían ido preguntado algo, o haciendo algún comentario. Pero, ciertamente, Kamaralzaman no tenía el menor interés en escuchar las palabras de doce de sus tontas esposas, ninguna de las cuales parecía, en efecto, que tuviese más inteligencia que la ya fallecida *Scherezade*.

Apartándolas sin miramientos, Hassan fue hacia el gran arcón de madera de roble y flejes de acero que había en un rincón del aposento, y abrió el solidísimo cierre con una llave que pendía de su cuello bajo la blanquísima ropa. Alzó la tapa, y frunció el ceño al ver allí, encima de todo, las cosas de Nora Tisdale, excepto los perfumes, que había obsequiado a sus mujeres, así como otras tonterías. Del contenido del maletín lo que menos le había interesado había sido el dinero hallado en el doble fondo. Pero sí le habían interesado los pasaportes, y otras cosas que todavía no había comprendido… En definitiva, lo que le interesaba en aquel momento a Hassan del contenido del arcón era la imponente, magnífica pistola que disparaba cápsulas explosivas.

La asió, y armado con ella salió rápidamente del harén. No había nadie en la casa. Absolutamente todos los hombres habían ido a transportar las secciones de la bomba.

En medio de un silencio de auténtico sepulcro, Hassan Kamaralzaman salió de la gran casa, saltó a uno de los cochecitos que quedaban allí, y partió hacia el lago… Todavía no sabía lo que

había pasado, pero, por supuesto, una explosión no podía significar nada bueno. ¡Si aquellos imbéciles habían cometido alguna torpeza…!

Recorrió el camino hasta la orilla del lago en algo más de tres minutos, viajando cuidadosamente a la luz de la luna, sin querer encender los pequeños faros, que gastaban demasiada batería. Pasó tan cerca del cadáver de Preston Brodine que si no hubiese ido mirando obsesivamente hacia el frente, lo habría visto.

Detuvo el cochecito a unos veinte metros del terreno blando más próximo a la orilla del Tana, se apeó ágilmente, y se acercó, contemplando el pequeño fuego que todavía ardía sobre las aguas… al propio resplandor de este fuego, vio lo que era: un avión, que se estaba hundiendo ya. No quedaba ni rastro de la lancha, y los trozos de la balsa flotaban astillados por todas partes. Más allá, otro avión se estaba hundiendo también. Dos. ¿Y el tercero? Por deducción lógica, tuvo que comprender que ese avión ya se había hundido. Y dentro de pocos segundos, no quedaría ninguno en superficie. Es decir, que los tres aviones se habían hundido… Y la carga también, claro, puesto que la balsa estaba destrozada…

—¡Eh! —Oyó—. ¡Eeeehhhh!

Hassan apuntó rápidamente la pistola hacia donde haba sonado la voz, muy cerca de él, en la misma orilla del agua. Vio erguirse las siluetas de dos hombres, y le llegó otra voz al mismo tiempo:

—¡Hey, calma! ¡Somos Ludwig y Masterson, empleados del señor Brodine!

Hassan no bajó el arma. Se quedó apuntando a los dos hombres que avanzaban a trompicones hacia él. Se detuvieron a unos pocos pasos, chorreantes, derrengados.

—¿Qué demonios significa todo esto? —jadeó uno de ellos.

—Eso es lo que pregunto yo —dijo fríamente Hassan—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ni idea… Alguien se ha vuelto loco por aquí. Desde el avión de Stowell comenzaron a dispararnos, y reventaron los flotadores de nuestro aparato y del otro. Luego, el avión de Stowell parece que intentó despegar, pero se estrelló contra la lancha… ¡Han quedado todos convertidos en carne picada! ¿Y usted quién es? Ya sabemos que tiene que ser un amigo del señor Brodine, pero… Bien: ¿dónde está él?

—¿No ha quedado nada? —murmuró Hassan—. ¿No ha quedado nada?

—Nada, ni nadie. Escuche, tenemos que…

—¡Eeeh…! —empezó a gritar el otro.

Hassan había apretado ya el gatillo. La bala acertó al hombre en la cabeza, que reventó fortísimamente, dejando sobre el cuello apenas un horripilante muñón sangriento. El otro hombre también comenzó a gritar, y su gesto de ataque hizo retroceder un paso a Hassan, que apretó de nuevo el gatillo.

¡Crash!, crujió el arma semisilenciosa. La bala explosiva se hundió en el pecho del hombre, y lo arrancó del suelo como si lo hubiese alcanzado un huracán, destrozado. Hassan Kamaralzaman no se molestó en comprobar si estaban muertos, porque nadie podía sobrevivir a un balazo de aquellos.

No entendía nada, excepto que algo había sucedido que, evidentemente, había destruido en cuestión de minutos todos sus planes. Pero… ¿qué había sucedido? ¿Quién había intervenido en aquello? Brodine había quedado muerto en el campo, para que por la mañana se lo comiesen las águilas, y la señorita Tisdale se había ahogado horas antes… ¿Qué otra fuerza estaba interviniendo? Fuese cual fuese, Hassan Kamaralzaman no estaba dispuesto a enfrentarla a solas. Así que volvió corriendo hacia donde había dejado el cochecito, y emprendió el regreso a la casa, con la velocidad al límite de la prudencia.

Ya delante de la casa, no fue directamente a esta, sino que corrió hacia la linde de los primeros árboles, buscó unos segundos, y encontró lo que buscaba: un trozo de bastón atado a una cuerda. Asió el bastón con las dos manos, y comenzó a tirar de él, destapando el hermoso helicóptero, liberándolo de su camuflaje. No tenía tiempo de nada más, seguramente: ir a la casa, recoger a sus mujeres y el arcón, que contenía todo lo interesante de aquella casa, regresar al helicóptero y partir.

Para retirar el camuflaje tuvo que hacer no poco esfuerzo, pero finalmente lo consiguió.

Sudando, se quedó contemplando el aparato, metido en aquella hondonada que había sido un camuflaje perfecto. Se sentó ante los mandos, buscó a tientas, y localizó la llave de contacto. Todo en orden.

Un minuto más tarde, Hassan entraba en la casa, y segundos después lo hacía en el aposento destinado a harén.

—¡Pronto! —ordenó—. ¡Vestiros todas rápidamente, cargad el arcón, y salgamos de la casa! ¡Tenemos que marcharnos de aquí inmediat…! ¿Qué os pasa? ¡Por Alá, os he dicho…!

Sus mujeres le miraban fijamente, con los ojos muy abiertos. Parecían estatuas. Estaban apiñadas en un lado del aposento, pero, de pronto, por detrás comenzaron a apartarse. Kamaralzaman, que tenía el ceño rabiosamente fruncido, vio la cara nueva.

Completamente nueva para él.

Un hermosísimo rostro orlado de negros cabellos suavemente ondulados, y provisto de los más grandes, bellos y azules ojos que Hassan Kamaralzaman había visto jamás. Aquella mujer llevaba ropas de una de sus mujeres, pero… no era una de sus mujeres.

Quedó delante de todas, con una extraña sonrisita en los labios. Con la mano izquierda, alzó el maletín rojo con florecillas azules de la señorita Tisdale.

Y la voz de la señorita Tisdale dijo:

—Solamente he venido a recoger mis cosas, Águila Blanca de Alá.

Hassan Kamaralzaman había palidecido. Tenía la pistola metida en la faja, al alcance de su mano. Y parecía que aquella mujer no estaba armada. Por lo menos, no empuñaba ningún arma. Se aseguró de ello mirándola bien.

No…

Ningún arma. La mano izquierda sostenía el maletín en alto, La derecha caía con naturalidad a su costado, delicada, bellísima, perfecta.

—Bueno —sonrió Brigitte Montfort—, ya que usted no quiere hablar, lo haré yo. Todo ha terminado, Hassan. Incluso tengo la seguridad de que si algo me quedó por hacer a mí en el lago, lo ha hecho usted. ¿Verdad?

—Sí —sonrió aviesamente Kamaralzaman.

—Muy agradecida. Oh, y además de mis cosas me he permitido recoger de su arcón algunos documentos que contienen nombres que serán estudiados con gran entusiasmo por la CIA, todos los servicios secretos árabes, y, por supuesto, los israelitas…, cada uno a su tiempo, naturalmente. Lo que significa que usted no será nunca

el Águila Blanca de Alá, y que los posibles cómplices que le hayan estado apoyando o estuviesen dispuestos a hacerlo, serán… ¿cómo lo diría yo?… difuminados discretamente de esta cochina vida. Así pues, nada de bomba atómica en el Chad, nada de silo de bombas atómicas en algún lugar más o menos secreto y bien protegido, nada de Águila Blanca de Alá… Fin, asunto terminado. Otro asunto más resuelto por la agente Baby de la CIA.

—¿Usted… es Baby? —exclamó Kamaralzaman.

—Tengo esa satisfacción.

—¡Pues su satisfacción no le…!

Ni siquiera Kamaralzaman era demasiado listo, según quedó patente.

¿Cómo pudo pensar que la espía más peligrosa y astuta del mundo se ofreciera a él de modo tan estúpido, como incauta víctima…? Aún estaba Kamaralzaman tirando de su terrible pistola cuando el maletín de Brigitte giró, quedando frente a ella la parte donde estaba sujeta la pistolita de cachas de madreperla por medio de una tira de esparadrapo.

Visto y no visto.

Los finos dedos tiraron de la pistola, que se orientó en el acto hacia El Águila Blanca de Alá.

Plof.

Cuando ya se oía el sonido del hermoso helicóptero con el que la agente Baby se alejaba de allí, las mujeres de Hassan Kamaralzaman todavía estaban arrodilladas rodeando el cadáver, gimiendo, contemplando el diminuto agujero en la frente de su señor, por el que había escapado su alma…, aunque no, ciertamente, al reino de Alá.

Este es el final

—O sea —refunfuñó Frankie Minello—, que no sabes lo que fue de las cinco águilas negras que quedaron con vida.

—Pues no —sonrió Brigitte—. Pero supongo que por la mañana emprenderían vuelo, se darían un festín, y… Bueno, en estos momentos apostaría cualquier cosa a que ya están volando sobre su lugar de nacimiento, en su ambiente natural. Ellas no perdieron gran cosa, Frankie.

—¿Cómo describirías tú dos huevos fritos? —preguntó Frank.

Brigitte, Peggy y Miky Grogan, que estaban en el salón tomando unas copas de champaña, según costumbre, se quedaron mirando estupefactos a Minello, que sonreía maliciosamente.

—¿A qué viene eso ahora? —masculló Grogan, por fin.

—Nada, nada… ¿Quién se atreve a describirme dos huevos fritos?

—Zambomba —sonrió la divina espía—… ¡Yo misma! Veamos… ¿Dos huevos fritos? Pues dos huevos fritos son… ¡dos huevos fritos!

—Te apuesto mi corbata nueva a que yo lo describo mejor: dos huevos fritos son dos fetos de gallina, que quedan blanco por la parte de afuera, y amarillo por la parte del centro, aunque recubiertos por una membrana blanca. Son buenos de comer, pero a la vista quizá resulten… blandos, yo diría que no demasiado agradables. ¿De acuerdo?

—Pues…

La llamada a la puerta del apartamento los distrajo del asunto sorprendente planteado por Frankie. Peggy fue a abrir, y segundos después reaparecía, acompañando a Charles Alan Pitzer, jefe de la CIA en su Sector New York, y a Simón Floristería, su simpático ayudante.

—Hola a todos —saludó Pitzer; miró vivamente a Minello, y amenazó—… ¡Y cuidado con meterse conmigo, Frankie!

—¿Quién se mete con usted? —Gruñó Minello—. Yo solo puedo decir que estábamos hablando de aves carroñeras, y… ¡aparece usted!

—¡Minello…!

—Es cierto, tío Charlie —rio Brigitte—: estábamos hablando de águilas. Nadie tiene la culpa de que usted haya llegado en este preciso momento.

—En realidad, ahora mismo de lo que hablábamos era de huevos fritos —dijo Minello—: quedan blandengues, repulsivos, flojos… ¡Puag!

Pitzer frunció el ceño. Pareció a punto de decir algo, pero optó por ir a sentarse en un sillón, lo más cerca posible de Brigitte que le sonrió cariñosamente.

—Parece que se curó ya definitivamente su gripe, tío Charlie.

—Ya hace días —gruñó Pitzer—. Y usted lo sabe bien, porque he estado dando bandazos de un lado a otro en representación de usted. Hijita, no sabe el jaleo que ha organizado usted con su informe y aquellos documentos que le quitó a Kalrazamn… Kamzalar…

—Kamaralzaman —rio Brigitte.

—Ese. Aquí, siguiendo la pista de Brodine y su último contacto… sospechoso, estamos haciendo una limpieza tremenda en TRES fábricas de armamento. En cuanto a los israelitas y los árabes están todavía dando saltos de alegría, y…

—La verdad es que los huevos fritos tienen un aspecto de lo más repugnante —dijo muy reflexivamente Minello.

Lo miraron todos. Brigitte, que era sin duda alguna quien mejor lo conocía, exigió:

—Está bien, Frankie: ¿qué pasa con los huevos fritos?

—Mujer es aquel chiste… ¿Recuerdas? Cuando la dependienta, ya mosqueada le pregunta al cliente: ¿Realmente más pequeños que naranjas, señor? Y el cliente insiste: sí, sí, más pequeños. Bueno… ¿como huevos, quizás? Y entonces el cliente, lanzando una maldición dice: ¡sí, como huevos… fritos!

La divinísima espía quedó como pasmada. De pronto, apareció una chispa en sus ojos, y acto seguido, rompió a reír.

—¿Cuál es la gracia? —se interesó Grogan.

Al oír esto, Brigitte y Minello se miraron, y todavía rieron más.

Rieron tanto que las lágrimas les saltaron de los ojos, y era absolutamente imposible conversar con ellos.

—¡Ay, Dios mío…! —Reía Brigitte, la bellísima—. ¡Ay, Dios mío, como… como dos huevos FRITOS!

—¡Fritos! ¡Fritos y bien fritos! —Reía Minello—. ¡Zambomba, soy el tipo más grande del mundo! ¡Apuesto a que nadie consigue hacer reír como yo a la espía más vieja del mundo! ¡Esta es otra, jo, jo, jo, jo…! ¡Fea y vieja…!

Entonces, sí, todos supieron de qué iba, y unieron sus risas a las de Minello y Brigitte Montfort…, Baby, por más señas.

FIN

Notas

[1] Véase *¿Quiere usted ser espía?*, una aventura anterior de la agente Baby. < <